



EL MINISTERIO ADVENTISTA

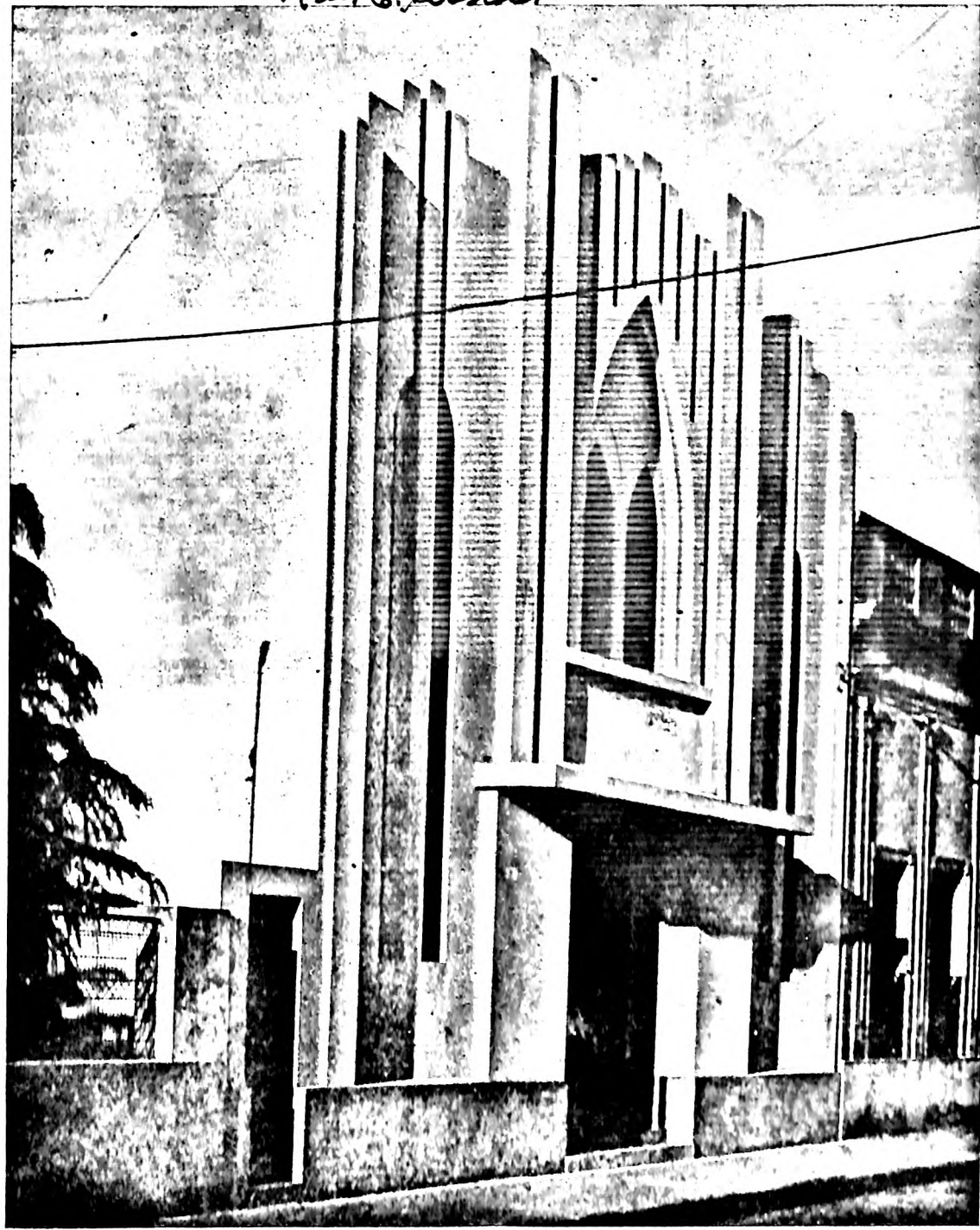


Año 1

MAYO — JUNIO DE 1953

NÚM

Ruiz E. Rosales





Dejad Hablar a Dios

EN LA mayor parte de los cultos de la iglesia ocupa la Biblia un lugar prominente; pero ¡cuán a menudo al leerla olvida el pastor la necesidad de impresionar a los fieles con el hecho de que es el *Señor* quien les habla! Reconocemos que la Biblia es la Palabra de Dios; debemos pues leerla como Palabra de Dios. Y aunque el sermón mismo no sea de toda evidencia inspirado, al leer la Biblia deben sentir los oyentes que es Dios quien les habla. El mismo Espíritu que movía a los santos de la antigüedad a escribir la Palabra ha de inducir a los hombres a la santidad cuando la oigan leer. La recepción de la Palabra divina es lo que da vida al alma. El descuido y la rudeza en la lectura de la Biblia son inexcusables en un pastor. Nada suscita tanto la emoción humana como la lectura inteligente de la Biblia. "Estimula el intelecto, despierta pasiones elevadas y enciende la voluntad. Consuela, desafia, condena y tranquiliza. Convence y convierte." —*"A Manual of Church Services,"* pág. 17.

El Sermón Fracasado

MUCHAS veces habremos sentido que el sermón que acabábamos de predicar no había surtido el efecto esperado y que en ocasiones nuestra predicación hasta se convirtió en un rotundo fracaso, lo cual nos hizo volver a nuestros hogares con el ánimo deprimido. Pero no sólo nosotros los obreros advertimos nuestras deficiencias. También la congregación se da cuenta de si han sido trigo o paja nuestras palabras. Es imposible que la podamos engañar.

A veces, sin embargo, no alcanzamos a percibir nuestros defectos. Por eso, si contamos en el auditorio con una persona de confianza y que tiene verdadero interés en nuestro éxito—un colega en el ministerio o nuestra propia esposa—cuya opinión merece nuestro aprecio, pídale que haga una crítica constructiva de nuestro discurso para poder más tarde analizarlo a la luz de esa observación.

Al realizar ese análisis conviene que nos formulemos las siguientes preguntas:

1. ¿Nos tomamos el tiempo necesario para preparar nuestros sermones con meditación, estudio y oración?

Algunos tienen la audacia de presentarse ante el público con poca o ninguna preparación, dependiendo sólo de estudios pasados y de notas arcaicas cuya revivificación confían a la inspiración del momento.

Es verdad que en un caso de emergencia Dios ayuda al orador y suple su falta de preparación, pero cuando ésta se transforma en un hábito crónico, toma la forma de pereza mental e impide que el Señor pueda usar al obrero. Como ministros de Dios sólo podremos alimentar adecuadamente la grey con pan de vida, si nos resolvemos a pagar un precio de estudio y oración. El éxito está al alcance del que se halla dispuesto a trabajar más arduamente que su colega mediocre.

2. ¿Estuvimos tal vez físicamente agotados al predicar?

En las horas que preceden al sermón el pastor debe descansar o distraerse, a los efectos de poder infundir a la predicación lo mejor de su ser. De este modo, bajo la dirección del Espíritu Santo podrá hablar con tal convicción y persuasión que los pecadores se conviertan.

3. ¿No habremos leído citas largas como para cansar aun a los mismos ángeles?

No hay nada más tedioso que las citas interminables, sobre todo si son mal leídas.

4. ¿No será demasiado extenso nuestro sermón?

Una predicación sabática, salvo raras excepciones, no debiera durar más de 35 a 40 minutos, pues los sermones largos son cansadores.

Cierto ministro nunca pudo conseguir que su congregación escuchara con atención sus largos y tediosos sermones a pesar de que era hombre culto y trabajador incansable. Una vez le pidió a un colega en el ministerio que le dijera con toda franqueza cuál era la causa de su poco éxito como orador. Su amigo le contestó: "Durante la última media hora Vd. no intentó meter algo en mi cabeza sino sacar algo de la suya. Vd. me hace pensar en un hombre que a toda costa quiere desprenderse de una pesada carga. A mi juicio, ésta es la explicación de su fracaso." Nunca debemos decir en el sermón lo que nos agrada a nosotros solamente sino aquello que puede ser de ayuda para la congregación.

Sin embargo, nuestros fracasos oratorios no deben desanimarnos. Hay ministros que se desazonan tanto debido a su poco éxito en este sentido que quieren dedicarse a otra actividad de la viña del Señor, mientras que hay otros para quienes el fracaso es sólo un desafío para la superación.

(Continúa en la página 32)



Organo publicado por la

ASOCIACION MINISTERIAL DE LAS DIVISIONES
INTERAMERICANA Y SUDAMERICANA
DE LA
IGLESIA ADVENTISTA DEL SEPTIMO DIA

Directores

WALTER SCHUBERT ARTURO H. ROTH

Redactores asociados:

WALTER E. MURRAY GLENN CALKINS

Secretaria de redacción: MARGARITA DEAK



AÑO 1

NÚM. 3

CONTENIDO

DE CORAZON A CORAZON	2
NUESTRA PORTADA	
<i>La Iglesia de Paraná</i>	3
ARTICULOS GENERALES	
<i>El Sábado en la Historia de la Iglesia — XIII</i>	4
<i>El Postrer Drama</i>	8
ESTUDIOS DEL CONGRESO BIBLICO	
<i>La Expiación y la Cruz — III</i>	10
EVANGELISMO	
<i>Esfuerzos Públicos en Pequeña Escala</i>	17
EL EVANGELIO DE LA SALUD	
<i>No Comamos con Exceso</i>	20
OBRA PASTORAL	
<i>Los Sermones de los Cultos Sabáticos—II</i>	22
LA SANTA CENA	
<i>El Significado de la Comunión</i>	25
<i>La Primera Celebración de los Ritos de la Casa del Señor</i> ...	27
<i>Un Servicio de Comunión Bien Planeado</i>	29
<i>El Pan de la Comunión: Un Símbolo Perfecto</i>	29
<i>Consejos Acerca de la Cena del Señor</i>	30
<i>Sugestiones Utiles</i>	31

F. de C. No. 262



NUESTRA PORTADA

La Iglesia de Paraná

Por Juan Riffel

(Presidente de la Asociación Argentina Central)



EL ORIGEN de la Iglesia de Paraná, Entre Ríos, República Argentina, se remonta casi a los comienzos del siglo. Hay quienes recuerdan a creyentes que ya en 1910 vivían en Paraná y a otros que más o menos para esa época colportaban allí con el libro "Patriarcas y Profetas."

Conservamos registros desde 1920, año en que la obra ya empezaba a tomar incremento. Entonces fué organizada la iglesia y desde allí en adelante siempre hubo obreros al frente de la misma, salvo uno que otro intervalo. Luego se construyó el actual edificio de administración de la Asociación Argentina Central, en cuyos altos se habilitó un salón de cultos. Desde entonces la iglesia ha venido desarrollándose cada vez más.

Como había necesidad de un espacio mayor, últimamente se construyó un templo que se destaca por la hermosura de sus líneas arquitectónicas [puede apreciárselo en el grabado de la portada] y que hace poco abrió sus puertas al evangelismo y a los cultos. El mismo día de la inauguración se dió comienzo a un vigoroso ciclo de conferencias públicas cuyo resultado fué un buen número de nuevos creyentes, que elevan la feligresía a 133.

El Hno. Arturo Utz, pastor de la iglesia, se dedica a ganar almas para el reino de Dios en compañía de los miembros. Durante el año en curso el pastor Víctor Ampuero Matta, profesor del C. A. P., dictará un ciclo de conferencias para el público, secundado por alumnos del curso teológico superior de la citada institución.

La Iglesia de Paraná es espiritualmente sana, está bien organizada para la actividad misionera y sus fieles miembros esperan ansiosamente ver pronto al gran Pastor de las ovejas y ser salvos en él.



El Hno. Arturo Utz, pastor de la Iglesia de Paraná.

ARTICULOS GENERALES

El Sábado en la Historia de la Iglesia — XIII

Por Frank H. Yost

LA SUPERVIVENCIA DEL SABADO (Conclusión)

ES REALMENTE asombroso que el sábado haya sobrevivido en la historia de la Iglesia Cristiana. Los cristianos empezaron muy pronto a guardar el domingo y éste, aunque no sustentado por las Escrituras, se convirtió con el tiempo en rival del sábado.

Como resultado de la intensa animosidad cristianojudía, los jefes de la Iglesia dieron al sábado carácter judaico y apartaron de su observancia a la grey. Y la adopción del primer día de la semana—día del sol—para el culto, satisfizo en especial a los adoradores del sol, vale decir, los paganos conversos o semiconversos.

Tan pronto como la Iglesia llegó a ser institución legal dentro del Imperio Romano, los jefes de ella—en especial el obispo de Roma—pactaron con el Estado para hacer del domingo el día oficial de culto. No sólo se lo hizo para unir paganos y cristianos en torno de un día generalmente aceptado. La Iglesia de Roma propició deliberadamente la iniciativa viendo en ello una oportunidad para hacer del domingo un instrumento para la afirmación de su autoridad. Por si no bastaran estas tentativas, en una época de educación y espiritualidad decadentes, se hizo prevalecer la superstición de las masas para convertir el domingo en un día sagrado.

Es extraordinario que bajo tales circunstancias haya subsistido en la Iglesia Cristiana la observancia del sábado. Pero el hecho es que sobrevivió y su supervivencia puede ser establecida a través de los primeros siglos de la Era Cristiana y en la Edad Media. Se la advierte en tiempos de la Reforma y en los siglos XVII y XVIII. Y el siglo pasado y el presente se destacan por el énfasis renovado y pujante con que se observa el séptimo día, el sábado bíblico.

En los primeros siglos, no obstante la presión de los jerarcas de la Iglesia en centros tan importantes como Roma y Alejandría, todos los cristianos guardaban el sábado. Examinaremos evidencias de la realidad de esta última aseveración que proceden de escritores cristianos de la época, pero antes oigamos el testimonio de algunos eruditos, honrradores del domingo, acerca de la observancia del sábado.

José Bingham, uno de los más diligentes y minuciosos eruditos que haya producido la Iglesia de Inglaterra, vivió en el siglo XVIII. Notemos lo que este observador del domingo dice, en su libro "Orígenes Ecclesiasticæ" (Orígenes de la Iglesia Cristiana), primera sección del capítulo 3 del tomo 20, tocante a la primitiva observancia del sábado:

"Además del día del Señor, los antiguos cristianos guardaban celosamente el sábado, o séptimo día, el consabido día de reposo judaico. Algunos lo consideraban día de ayuno; otros, de festividad; pero todos estaban de acuerdo en que era día muy solemne de culto religioso y adoración. En la iglesia de Oriente los sábados eran festivos, excepto uno, 'el Gran Sábado'—que caía entre el 'Buen Viernes' y el 'Día de Oriente,—en que nuestro Salvador permaneció en el sepulcro; invocando este motivo, se guardó dicho sábado como día de ayuno en toda la iglesia."

Es éste un testimonio interesante de parte de alguien que examinó concienzudamente todas las fuentes en idioma original. Es verdad que el Sr. Bingham admitió en sus escritos que los cristianos observaban el domingo, pero no debemos olvidar que también reconoció que guardaban el sábado. La observancia del sábado se destaca por no haber sido interrumpida desde el tiempo de Cristo y los apóstoles hasta llegar a nuestros días.

Debe notarse también que en el Oriente se lo consideraba como festividad, esto es, día de alborozo espiritual en que los cristianos asistían a la iglesia, prestaban adoración gozosa y disfrutaban de la verdadera fraternidad cristiana. Fué en Occidente, bajo la influencia de la Iglesia de Roma, donde se hizo del sábado un día triste al convertirlo en solemne día de ayuno.

Veamos el testimonio de otro erudito, Juan C. Gieseler, uno de los más profundos y versados historiadores eclesiásticos surgidos en Alemania en el siglo XIX. En el párrafo 53, capítulo 3, división 2, apartado I de su "Compendium of Ecclesiastical History," leemos:

"Se observaban como festividades el domingo y el sábado; este último, sin superstición judía."

Gieseler reconoce que se guardaba el sábado y aclara que los cristianos primitivos evitaban hacerlo con el formalismo judío que Cristo condenara tan vigorosamente.

Pero ¿qué afirmar al respecto los mismos cristianos primitivos? Los testimonios anteriores, debemos recordarlo, procedían de observadores del domingo, que por serlo no tenían el menor interés en hacer resaltar la supervivencia del sábado sino que daban por sentado el carácter legítimo del domingo y en consecuencia sólo al pasar mencionaban que se guardaba el séptimo día. Su testimonio es, sin embargo, el de mayor valor.

Ya hemos leído la declaración de Justino Mártir—la primera que se hace en los Padres concerniente a la observancia del domingo—de que era en el “día del sol” cuando los cristianos celebraban su culto religioso. En este testimonio, dirigido al emperador, evita cuidadosamente mencionar el hecho de que algún cristiano observase el sábado. Sería sin duda para impedir que el emperador identificase estrechamente a los cristianos con los aborrecidos judíos.

Pero ese mismo Justino Mártir—apologista sirio que escribió en Roma—reconoció que los cristianos observaban el sábado, al referir el caso de un judío llamado Trifón que había atacado a los cristianos. Justino no simpatizaba con Trifón ni con los judíos ni con la observancia del sábado. Pero en el capítulo 47 de su “Diálogo con Trifón” procura ser “tolerante” en su actitud hacia los cristianos honradores del sábado. Y hace esta concesión: “Sostengo que debiéramos unírnos a ellos (los observadores del sábado) y estar de su parte en todo como semejantes y hermanos.”—*“The Ante-Nicene Fathers,”* tomo 1, pág. 218. Por ser éste un testimonio a regañadientes acerca de la observancia cristiana del sábado, es más terminante.

Hemos de aludir ahora a otro testigo de Occidente que intentó terminar con la observancia del sábado. Tertuliano, que tal es su nombre, fué un prominente escritor cristiano del norte de África, que murió por el año 235 de la era cristiana. Manifestaba profundo interés en la observancia del domingo y sostenía que debía guardarse este día en conmemoración del feliz suceso de la resurrección de Cristo. Opinaba que no se debía ayunar ni orar de rodillas en *domingo*, y le disgustaba que los cristianos sabáticos insistiesen en que no se orase en posición genuflexa los días *sábados*. En su ensayo “Sobre la Oración,” capítulo 23, dejó apuntadas estas observaciones:

“En cuanto a ponerse de rodillas, también la oración es objeto de diferencias en el ritual debido a que algunos se abstienen de arrodillarse en sábado; y siendo que esta discrepancia será tratada particularmente en las iglesias, el Señor ha de conceder su gracia para que se depongan los disentimientos o bien se tolere esa

opinión sin ofensa para otros.”—*“The Ante-Nicene Fathers,”* tomo 3, pág. 689.

Con gran esfuerzo procuraba Tertuliano ser amable con los observadores del sábado que deseaban que su día de descanso fuese una ocasión de culto feliz y sin obstáculos. Declaró que, por consideración a los demás, debían arrodillarse el sábado en oración pública, como lo hacían los cristianos observadores del domingo. Y aunque aclaró que éstos no se arrodillaban en domingo, es igualmente evidente que asistían a las iglesias y que se arrodillaban en oración los sábados. Virtualmente todos los cristianos adoraban, de una u otra manera, en el día sábado.

Un maestro de Alejandría llamado Orígenes, contemporáneo de Tertuliano, aunque observador del domingo, no dudaba de la virtud implicada en la observancia del sábado y refiere cómo era guardado este último por los cristianos. Se proponía hacer contrastar la observancia del séptimo día de los cristianos con las prácticas judías, al decir:

“Después de la festividad del sacrificio continuo (la crucifixión) viene la festividad segunda del sábado, y es apropiado que quienquiera sea justo entre los santos guarde también la que corresponde al sábado. ¿Qué es en realidad la festividad del sábado sino aquella de que habló el apóstol cuando dijo: Por tanto, queda un “sabbatismus,” esto es, una observancia del sábado, para el pueblo de Dios? (Heb. 4: 9.) Olvidando cómo guardaban el sábado los judíos veamos qué clase de observancia se espera del cristiano. No ha de realizarse en ese día ningún acto mundano. Y al cesar las obras del mundo quedáis libres para las obras espirituales, vais a la iglesia, prestáis oído a las lecturas y discusiones divinas, pensáis en las cosas celestiales, os preocupáis de la vida futura, mantenéis presente el juicio venidero y dejáis de reparar en las cosas actuales y visibles para dedicaros a las futuras e invisibles: tal es la observancia del sábado cristiano.”—*“Homily on Numbers 23,”* párr. 4, en Migne; *“Patrología Graeca,”* tomo 12, cols. 749, 750. (Traducción del autor.)

Un desconocido contemporáneo de Orígenes residente en un lugar cercano a Alejandría, se interesaba también en gran manera en la observancia del sábado. Un papiro encontrado en Oxirrincos, Egipto, en los últimos años del siglo XIX y que data del año 200 ó 250 de nuestra era cita en favor del verdadero día de reposo un supuesto dicho de Jesús. Aunque sabemos que Cristo fué un fiel observador del sábado—y exclusivamente de ese día,—las Escrituras no registran el dicho que le atribuye el papiro y que reproducimos a continuación: “A menos que hagáis del sábado un verdadero sábado (‘sabaticeís el sábado,’ en griego), no veréis al Padre.”—Bernard P. Grenfell y Arthur S. Hunt, *“The Oxyrhynchus Papyri,”* 1a. p.,

pág. 3, discurso 2, vers. 4-11 (Londres: oficinas Del "Egypt Exploration Fund," 1898). Evidentemente había en Egipto en el siglo III, cristianos observadores del sábado que creían que ése era realmente un *dicho* de Jesús.

Existe otro documento de los primeros tiempos que describe la observancia cristiana del sábado. Se le llama "Constituciones de los Santos Apóstoles." No fué escrito por los apóstoles. Se lo supone compuesto durante los siglos III y IV, y con toda probabilidad fué producto de escritores de la iglesia de Oriente, aunque se desconoce el nombre del autor, o de los autores. La más somera lectura revela que en los primeros siglos los cristianos observaban tanto el séptimo día de la semana, el sábado, como el primero, el domingo.

En el capítulo 36, sección 5 del segundo tomo, se encarece así el deber de honrar el sábado:

"Observarás el sábado por causa de Aquel que cesó en su obra de creación, mas no en las obras de su providencia: es un descanso para meditar en la ley y no para ociosidad de las manos."—*"The Ante-Nicene Fathers,"* tomo 7, pág. 413.

El libro "Constituciones" hace provisión para que los cristianos adoren en el templo a Dios todos los días, pero destaca la necesidad de adorarle no sólo en domingo "sino principalmente en sábado."

"Reuníos todos los días de mañana y de noche en la casa del Señor para cantar salmos y orar; por la mañana repetiréis el salmo 62 y por la noche el 140, principalmente en día sábado. Y en el de la resurrección de nuestro Señor, que es el día del Señor, reuníos con mayor diligencia, alabando a Dios porque hizo el universo por medio de Jesús, que nos envió, al cual permitió que sufriera y levantó después de los muertos."—*"Constituciones,"* tomo 2, sec. 7, cap. 59, citado en *"The Ante-Nicene Fathers,"* tomo 7, pág. 423.

En este interesante documento aparece una oración dedicada a Dios, que da énfasis a la observancia del sábado y del domingo:

"¡Oh, Señor todopoderoso! Creaste el mundo por medio de Cristo y señalaste el sábado en memoria de ello porque en ese día nos hiciste descansar de nuestras obras para que meditemos en tus leyes. . . . El [Cristo] sufrió por nosotros, porque tú lo permitiste, y murió y se levantó otra vez por tu poder; por esa razón nos reunimos solemnemente para celebrar la festividad de la resurrección en el día del Señor, regocijándonos en Aquel que venció a la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad. . . . Tú les diste la ley, o Decálogo, que fué promulgada con tu voz y escrita de tu mano. Indicaste la observancia del sábado, no para que fuese día de ocio sino ocasión de piedad, con el propósito de que conociesen tu poder y la prohibición del mal. Los rodeaste como de un

círculo santo por causa de la doctrina, para que se rogocijasen en el séptimo período."—*"Constituciones,"* tomo 7, sec. 3, cap. 36, citado en *"The Ante-Nicene Fathers,"* tomo 7, pág. 474.

Por último, uno de los autores de este documento pretende escribir en nombre de Pedro y Pablo y muestra sentirse muy cómodo con una moderna semana de cinco días.

"Yo Pedro y Pablo establezco las siguientes constituciones: que los esclavos trabajen cinco días, pero que en el sábado y en el día del Señor se los deje en libertad de ir a la iglesia para ser instruídos en la religión. Hemos dicho que el sábado es por causa de la creación, y el día del Señor, a consecuencia de la resurrección."—*"Constituciones,"* tomo 8, sec. 4, cap. 33, citado en *"The Ante-Nicene Fathers,"* tomo 7, pág. 495.

Sin lugar a dudas los que escribieron las "Constituciones de los Santos Apóstoles" creían en la observancia del sábado. Guardaban el domingo, pero creían que el sábado debía también ser observado y abogaban en favor de ello.

Como ya dijimos, el concilio de Laodicea sancionó con toda claridad en el canon 16 el culto público regular en sábado. Basilio, a quien se considera uno de los grandes padres de la Iglesia de Oriente, incluyó el sábado entre los días de la semana en que él celebraba la comunión. En una de sus cartas dice al respecto:

"Yo, ciertamente, comulgaba cuatro veces por semana: el día del Señor, el miércoles, el viernes y el sábado. Y los otros días, si se conmemoraba a algún santo."—Carta 93, en *"Nicene and Post-Nicene Fathers,"* 2a. Serie, tomo 8, pág. 179.

La observancia del sábado era también corriente alrededor del año 400 de nuestra era entre los monjes de la Iglesia, especialmente en Oriente. Un hombre llamado Juan Casiano, que viajó extensamente visitando los monasterios orientales, se trasladó luego a Francia donde, en un monasterio, escribió dos importantes ensayos sobre la vida de reclusión. Al opinar sobre el método de vida de los monjes, nos dice que observaban el sábado. Y expresa:

"Por consiguiente, excepto en las vísperas y los maitines, no se realiza entre ellos culto público durante el día, como no sea en sábado y domingo, cuando se reúnen a la hora tercera (las nueve) para celebrar la santa comunión."—*"Institutes,"* tomo 3, cap. 2, citado en *"Nicene and Post-Nicene Fathers,"* 2a. serie, tomo 11, pág. 213.

"Esos días—sábado y domingo—y los días de guardar, en los cuales es costumbre que los hermanos se encarguen del almuerzo y la cena, no se recita salmo por la noche. . . . Se hace una simple oración y se cena; luego, al levantarse, se concluye sólo con oración."—*Id.,* tomo 3, cap. 12, en *"Nicene and Post-nicene Fathers,"* 2a. serie, tomo 11, pág. 218.

Casiano cuenta también de un ermitaño cuyas costumbres religiosas muestran que el sábado se observaba aún:

"Constantemente se privaba de alimento; el sábado y el domingo iba a la iglesia para el culto y al hallar algún extranjero lo llevaba de inmediato a su celda."—*Id.*, lib. 5, cap. 26, en "*Nicene and Post-Nicene Fathers*," 2a. serie, tomo 11, pág. 243.

Aun cuando Roma procuró sembrar en Occidente el menosprecio del sábado, no lo logró plenamente. Ambrosio, uno de los grandes obispos de la Iglesia de Oriente, oficiaba en Milán, norte de Italia, en las postrimerías del siglo IV. Era observador del domingo, pero ignoraba la exigencia de Roma de que se practicase el ayuno en sábado. Paulino, el biógrafo de Ambrosio, dice en "*Life of St. Ambrose*" (La Vida de San Ambrosio), cap. 38: "Pasaba día y noche en continua oración; dormía poco y ayunaba todos los días, excepto el sábado y el domingo. días en que almorzaba solamente."

Un discípulo de Ambrosio, Agustín—el gran obispo de la iglesia norafricana de Hipona, que murió en el año 430,—seguía la práctica de Ambrosio en este respecto y no estaba de acuerdo en inducir a los cristianos a ayunar en sábado en obediencia a Roma. Lo demuestra en una carta dirigida a Jerónimo, que lleva el número 82 de su colección, en la que se lee en el párrafo 14:

"Estimaría un favor me informase vuestra sinceridad si un santo procedente de Oriente que llega a Roma sería culpable de disimulo al ayunar el séptimo día de la semana, excepto el sábado anterior a la pascua de resurrección. Porque si decimos que es ilícito ayunar en el séptimo día, condenamos no sólo a la Iglesia de Roma sino también a muchas otras iglesias, tanto cercanas como distantes, en las que perdura tal costumbre. Si, por el contrario, declaramos ilícito el no ayunar en sábado, ¡cuán presuntuosos seríamos al censurar a tantas iglesias de Oriente y juntamente con ellas la mayor parte del mundo cristiano!"—En "*Nicene and Post-Nicene Fathers*," 1a. serie, tomo 1, págs. 353, 354.

Agustín demuestra aquí que en su época se observaba el sábado "en la mayor parte del mundo cristiano," y su testimonio a este respecto es de la mayor importancia, ya que se trata de un fervoroso y constante observador del domingo.

Pero más extraordinario aun es el relativo a la observancia del sábado en el siglo V que presentan dos historiadores eclesiásticos: Sócrates y Sozomeno, que murieron un poco antes del año 450. En su "*Historia Eclesiástica*," tomo 5, capítulo 22, Sócrates deja la siguiente constancia:

"Porque aunque casi todas las iglesias del mundo celebran los misterios sagrados el sábado de cada semana, los cristianos de Alejan-

dría y Roma, basados en alguna tradición antigua, han dejado de hacerlo."—"*Nicene and Post-Nicene Fathers*," 2a. serie, tomo 2, pág. 132.

Sozomeno declara algo semejante en su "*Historia Eclesiástica*," tomo 7, capítulo 19:

"La gente de Constantinopla y de casi todas partes se reúne en sábado tanto como en el primer día de la semana, lo cual es una costumbre que nunca se observa en Roma o Alejandría. En algunos pueblos y ciudades de Egipto, contrariamente a lo establecido en otras partes, la gente se reúne los sábados por la noche y aunque haya cenado participa de los misterios."—En "*Nicene and Post-Nicene Fathers*," 2a. serie, tomo 2, pág. 390. Son declaraciones reveladoras. Prácticamente en toda la cristiandad los creyentes continuaban reuniéndose los sábados en las iglesias hasta el año 450 de nuestra era.

Hay dos marcadas excepciones. Dos iglesias que una vez observaron el sábado y dejaron de hacerlo por influjo de la tradición. Una de ellas fué la de Alejandría. Allí los maestros filósofos que la presidieron hicieron hincapié en la observancia del domingo, con sus interpretaciones alegóricas de las Escrituras, como lo demuestran sus escritos. Su influencia condujo al abandono de la observancia del sábado y apartó a los creyentes de Alejandría de la sencillez de la verdad bíblica.

Roma también—dicen Sócrates y Sozomeno—abandonó la observancia del séptimo día. Esto está perfectamente acorde con la actitud de Roma hacia los mandamientos de Dios y en particular hacia el sábado. Esta iglesia se había caracterizado por sustituir los mandatos de Dios por preceptos de hombres. Hizo lo mismo que fuera tan severamente condenado por Cristo en los fariseos. (Mat. 15: 9, 13.) En ambas iglesias se apartó al pueblo de la observancia del sábado. En muchas otras iglesias se lo guardaba aún.

¡Cuánto habrá desagradado al papa Gregorio de Roma hallar observadores del sábado en su propio territorio! En la primera carta del libro 13 de sus Epístolas dice con gran amargura: "Ha llegado a mi conocimiento que ciertos hombres perversos han sembrado entre vosotros falsedades que se oponen a la santa fe, como el prohibir que se trabaje en sábado. ¿Qué otra cosa podré llamarlos sino predicadores del anticristo?" Sabemos cómo contestar al papa Gregorio. Los tales no eran predicadores del anticristo. Eran predicadores que obedecían los mandamientos de Dios y servían a Cristo, Señor del sábado. Al exaltar el sábado no predicaban una fe corrompida sino la verdad de las Escrituras.

Pero Gregorio era fiel a lo que Roma intentó durante los primeros siglos y continúa haciendo hasta el presente. Poseía el espíritu del "cuerno pequeño" de Daniel 7: 8, 25, del

cual se dice que “pensará en mudar los tiempos y la ley.”

El reavivamiento en la observancia del verdadero día de reposo que comenzara en el siglo XVI, se ha manifestado fervorosa y decididamente en los últimos cien años. La profecía de Apocalipsis 14: 12 referente al tiempo de la segunda venida de Cristo identifica con estos términos a los fieles cristianos de la época final: “Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios, y la fe de Jesús.” Los observadores del sábado de todo

el mundo cumplen hoy estas palabras en obediencia a Cristo.

Ello no significa guardar algunos mandamientos, ni guardar los que se quiere, de la manera como se desea. Antes bien, significa observar los diez mandamientos, inclusive el cuarto, como Dios quiere que sean observados. Y hay un pueblo que lo hace sirviendo a Cristo fervorosa, exitosa y marcialmente por todo el mundo, con la fuerza que le da Cristo. El sábado ha sobrevivido a través de los siglos porque es voluntad de Dios que así sea.

EL POSTRER DRAMA *

Por W. L. Emerson

CON RESPECTO al tiempo del fin ha sido profetizado lo siguiente:

“Mas al tiempo del fin, arremeterá contra él el rey del Sur; pero el rey del Norte le arrebatará como una tempestad, con carros de guerra y gente de a caballo y muchas galeras: y entrará en las tierras; y lo inundará y lo arrollará todo.” (Dan. 11: 40, V. M.)

Al penetrar Roma en el mundo mediterráneo oriental hacia el segundo siglo antes de Jesucristo, los seleucos y los ptolomeos se encontraban en lucha mortal. En un siglo y medio Roma logró destruir ambos reinos e incorporar sus dominios a sus propios territorios, muy vastos ya. Por eso no volvemos a ver nada de estos reyes en el mundo profético hasta el versículo que mencionamos al comenzar, referido para “el tiempo del fin.” Por este versículo, y los que le siguen en el capítulo, sabemos que en los últimos días dos nuevos poderes surgirían a la existencia, con territorios al norte y al sur de la Tierra Santa, a semejanza de los reyes originales del norte y del sur, y que el choque de estos dos poderes sobre los collados de Palestina introduciría el último acto del gran drama del mundo.

La desaparición total de los reyes del “norte” y del “sur” hace casi dos mil años, es uno de los sucesos más intrigantes de la historia del Medio Oriente. Durante todo el período de la hegemonía romana no hubo posibilidad alguna de divisiones territoriales. Al desintegrarse el Imperio Romano en diversos grupos bárbaros, la Roma bizantina, que tenía su capital en Constantinopla, continuó con el dominio del Medio Oriente hasta el siglo séptimo, época en que surgió a la existencia el gran poder musulmán. De allí en adelante, durante trece siglos, Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto vinieron a integrar primero el Imperio Sarraceno y luego el Otomano.

Durante todo ese período el Cercano Oriente actuó casi inadvertidamente en el concierto de las naciones del mundo. Constituía un mundo aparte en el cual sólo ocasionalmente penetraban diplomáticos, comerciantes, y peregrinos en viaje a los lugares sagrados de la Tierra Santa. No deja de ser significativo sin embargo que justamente en el principio del “tiempo del fin,” es a saber, hacia el comienzo del siglo XIX, cuando tantas profecías empezaron a concretarse, la “cortina de hierro” que había envuelto al cristianismo occidental y las tierras del Islam, fuera alzada y los asuntos del Cercano Oriente comenzaron a cobrar repentinamente una importancia internacional que no habían tenido por milenios.

Una de las razones que influyeron en el cambio del panorama político fué la inminente disolución del Imperio Islámico Otomano y la lucha entre las naciones europeas por arrebatar todo lo posible de aquel poder que iba a dejar de existir. Un historiador lo ha descrito de la siguiente manera: “Ansiosos observadores permanecieron al lado del lecho del enfermo del Oriente . . . no como amigos amantes que procuraran endulzar sus últimas horas, sino como beneficiarios interesados en sus bienes hipoteca-

* Nota de la Redacción: Todos estamos muy interesados en el estudio de la profecía del capítulo undécimo del libro de Daniel. Nos es grato ofrecer a la consideración de los lectores un trabajo preparado por el pastor W. L. Emerson, gran estudioso y redactor en jefe de nuestra Casa Editora en Inglaterra, sobre la última parte de esta gran profecía. El publicarlo no implica que lo adoptemos incondicionalmente. Sus puntos de vista, tan valiosos como muchos otros, contribuirán sin duda a fomentar y acrecentar el interés en el estudio de las profecías bíblicas no cumplidas aún. Nos será grato asimismo publicar en números subsiguientes otros trabajos de la misma índole que nuestros lectores tuvieren a bien enviarnos para su conocimiento y como divulgación de sus propios puntos de vista sobre la materia.—W. S.

dos, ávidos de una porción tan grande como fuera posible obtener en el momento del reparto. En consecuencia este estado fué desgarrado en fragmentos por pretendientes rivales.”

Esta coincidencia entre el interés mundial en la “cuestión de Oriente” y la palabra profética que lo anticipó para “el tiempo del fin,” naturalmente despertó gran interés entre los estudiosos de las Sagradas Escrituras.

Creando que los otros signos de la venida de Cristo eran inminentes, vinieron a la conclusión de que los versículos finales de Daniel once se cumplirían en comparativamente pocos años por las potencias ocupantes de los territorios del Cercano Oriente, es decir, Turquía al norte y Egipto al sur. En ambos países buscaron ansiosamente la correspondencia entre la profecía y la historia.

Notaron los estudiantes de las profecías cómo un ambicioso bajá egipcio estaba preparando un golpe contra su dominador, el sultán de Turquía. En este avance el bajá se vió apoyado por Napoleón, que arribó a Egipto en 1798 y el próximo año avanzó hacia la Siria turca.

La profecía declaraba que el “rey del norte” reaccionaría violentamente contra el golpe del “rey del sur,” y arrollaría a este poder. Este detalle parecía hallar su cumplimiento en el hecho de que las fuerzas turcas, con el apoyo de los británicos y los rusos, obligaron a los franceses a retirarse y eventualmente los expulsaron de Egipto y restablecieron la soberanía del sultán sobre esas tierras del sur.

Con todo, si los estudiosos de las páginas proféticas de los días del gran despertar adventista de principios del siglo XIX, hubieran comprendido que el tiempo de la venida de Cristo no estaba tan cercano como se lo anticiparon, habrían concluído que estos eventos, si bien parecían acomodados a las especificaciones de las profecías, no bastaban para cumplir amplia y cabalmente el encadenamiento profético correspondiente.

En primer lugar, los reyes del norte y del sur nunca serían reinos separados y distintos. En verdad Egipto continuó como provincia del Imperio Otomano hasta el año 1881, cuando se convirtió en protectorado británico.

Asimismo difícilmente podría concebirse que el sultán, en sus guerras con Francia y Egipto, se moviera como “tempestad,” inundando y arrasando todo. Fué tan sólo con el apoyo vigoroso británico y ruso cómo le fué posible detener el avance arrollador del hajá de Egipto en dirección a Siria y el Asia Menor. Ciertamente Turquía no parecía tener por entonces—en el siglo XIX—parecido alguno con el tempestuoso rey del norte de la profecía bíblica.

Hoy comprendemos claramente que las naciones contendientes de este texto no son los estados comparativamente menores de Turquía y Egipto sino dos grandes potencias destinadas

a medir fuerzas en el escenario del Cercano y Medio Oriente, en el gran conflicto final de la historia del mundo.

A esta altura de nuestro estudio nos preguntamos:

¿Es la “cuestión de Oriente” aún objeto de tanta controversia entre las naciones como lo fuera en el siglo XIX?

¿Surgió algún gran poder en aquella región durante el siglo pasado o en sus vecindades, y si es así, hay intereses que podrían entrar en conflicto con repercusiones de magnitud mundial?

En contestación a la primera pregunta, es evidente que el Cercano y el Medio Oriente son actualmente motivo de graves preocupaciones para las naciones, mucho más de lo que lo fueron en el siglo pasado.

Si Napoleón advirtió que en esas regiones existían en potencia vías de comunicación de importancia capital entre Gran Bretaña y sus posesiones de la India, actualmente dichas zonas se han convertido en el cruce de los caminos terrestres, marítimos, aéreos y hasta puede decirse que en ellas se encuentra la llave de la tranquilidad del mundo.

A más de constituir el centro estratégico del mundo, esos territorios han aumentado grandemente su importancia merced a sus riquísimos yacimientos petrolíferos, que constituyen hoy el 42% de las reservas mundiales, con las cuales se suple actualmente sólo el 4% de la producción mundial. No es de extrañarse entonces que un gran estadista comentara: “El Medio Oriente es la verdadera capital del imperio petrolífero.”

En aditamento al petróleo hay aún recursos naturales no descubiertos en el Cercano Oriente, que fácilmente podrían ser motivo de contención entre las grandes potencias. En el Mar Muerto se estima que hay inmensas provisiones de minerales esenciales tales como potasio, sodio, cloro, magnesio y bromo, suficientes como para suplir las necesidades del mundo durante los próximos dos mil años.

“Salta a la vista—ha dicho otro gran estadista,—que el Cercano y el Medio Oriente pueden llegar a constituirse en el escenario de graves rivalidades entre potencias extranjeras. y ¡cuán fácilmente podría tal rivalidad explotar en un conflicto!”—“*Public Opinion*,” 28 de junio de 1946.

Estas consideraciones nos conducen al segundo punto: en vista de la importancia estratégica y económica de esas zonas y sus vastos recursos naturales, ¿hay potencias que se interesen particularmente en el norte y el sur de Palestina y que procuren dominar los países comparativamente débiles tales como Turquía, Egipto y los estados árabes? Quizás el lector diga que sí.

Mientras Turquía todavía ocupa el territorio del antiguo rey del norte—Seleuco,—y Egipto

(Continúa en la página 32)



ESTUDIOS DEL CONGRESO BIBLICO

La Expiación y la Cruz — III

Por Taylor G. Bunch

LA EXPIACION EN LA EXPERIENCIA PERSONAL

SOLO cuando es práctica, la religión es digna de su nombre. Una característica de los cristianos profesos de los postreros días sería la de ostentar "apariencia de piedad," pero habiendo en la práctica "negado la eficacia de ella" o, como traduce Weymouth, los presuntos creyentes "mantendrán aspecto de piedad al par que se mofarán de su poder." Una mera forma de religión, sin el vivificante poder de la santidad del carácter y la conducta, no tiene más valor que "un campo . . . lleno de huesos." Cristo dice a quienes poseen una religión convertida en letra pura y sin hechos: "Tienes nombre que vives, y estás muerto." "Se te cree vivo, pero en realidad estás muerto." (Weymouth.)

La organización y una forma de doctrina y de culto son esenciales siempre que estén vitalizadas por la paciencia y el poder de Cristo transmitidos por el Espíritu Santo. De otra forma carecen de vida y son, por tanto, inútiles. La mensajera del Señor nos ha dejado escrito:

"Aquel que me da instrucción para su pueblo me repite a menudo los mensajes que se dirigieron a las iglesias de Efeso y Sardis. . . . Leamos y estudiemos las partes de la Palabra de Dios que se refieren a los postreros días en especial y nos previenen de los peligros que amenazarán al pueblo de Dios."—"Testimonios," tomo 8, págs. 98-100.

Los efesios habían perdido su primer amor y abandonado sus obras de misericordia y los de Sardis poseían una simple forma de religión, sin vida espiritual. Ambos casos sirven de advertencia para el pueblo remanente de Dios, y armonizan con veintenas de amonestaciones, de las cuales son ejemplo las que siguen:

"Se mantiene una serie de servicios religiosos formales; pero ¿dónde está el amor de Jesús? La espiritualidad está muriendo. ¿Ha de perpetuarse este sopor, esta lamentable decadencia? ¿Ha de vacilar y apagarse en las tinieblas la lámpara de la verdad, porque no se la abastece con el aceite de la gracia? . . . ¿Satisfaremos el deseo del Espíritu de Dios? ¿Nos espaciaremos más en la piedad práctica y mucho menos en los arreglos mecánicos?"—"Testimonios Selectos," tomo 4, págs. 166, 167.

"Pero se me ha mostrado que hay peligro de que esta obra sea tan mecánica, intrincada y compleja que se logre con ella menos que si fuese sencilla, directa, llana y resuelta. No tenemos ni tiempo ni medios para mantener todas las partes de este mecanismo en movimiento armónico. . . . Debo decirlos con franqueza que se está dejando de lado a Jesús y el poder de su gracia. Por los resultados se verá que el trabajo mecánico está sustituyendo a la devoción, la humildad y la santidad de corazón y vida. Los obreros más espirituales, consagrados y humildes no encuentran un puesto apropiado y van quedando rezagados. Los jóvenes y los inexpertos aprenden el método y cumplen su obra mecánicamente; pero no sienten verdadero amor ni responsabilidad por las almas. En esta tremenda hora de responsabilidades se necesita mucho menos de las formas y de lo mecánico que del poder de la santidad."—"Testimonios," tomo 4, págs. 600, 601.

¿Puede alguien dudar de que esta amonestación sea hoy tan necesaria como cuando se la escribió, hace sesenta años, o más?

Se nos dice que "en muchos corazones parece existir apenas un soplo de vida espiritual."—Ele-

na G. de White, *Review and Herald*, 25 de febrero de 1902, pág. 113. Todos los que se ponen en contacto estrecho con nuestro pueblo saben que ello es verdad. De los tales se dice que "aunque un ángel bajase del cielo y les hablase, sus palabras harían el mismo bien que si fuesen murmuradas a los frios oídos de un muerto."

"El poder del Espíritu Santo se moverá sobre los corazones cuando se quiebre esa quieta monotonía."—"Testimonios to Ministers," pág. 204.

"Nadie está más lejos del reino de los cielos que los engreídos formalistas, que se enorgullecen de sus adquisiciones al par que se hallan totalmente desprovistos del Espíritu de Cristo. . . . Tales personas están en nuestro medio, pero ni se las ve ni se las sospecha. Sirven la causa de Satanás mejor que el peor libertino; porque éste no esconde su verdadero carácter; se muestra tal cual es."—"Testimonios," tomo 5, pág. 226.

Acerca de estas personas leemos también:

"Están más dispuestos para el trabajo activo que para la devoción humilde, más listos para el culto religioso formal que para la obra íntima del corazón. Abandonan la meditación y la oración por el bullicio y la ostentación."—*Id.*, tomo 4, pág. 535.

En la siguiente declaración se hace resaltar la importancia de esta amonestación:

"Un miembro consagrado y que ame a Cristo hará más bien en una iglesia que cien obreros semiconversos, sin santidad y sin modestia."—*Id.*, tomo 5, pág. 114.

De la condición del pueblo escogido de Dios en la época en que lo visitó Cristo, se nos dice:

"Al apartarse de Dios, los judíos perdieron en gran parte de vista la enseñanza del ritual. . . . Pero los judíos perdieron la vida espiritual de sus ceremonias, y se aferraron a las formas muertas.

"Sacerdotes, escribas y gobernantes estaban metidos en una rutina de ceremonias y tradiciones. Sus corazones se habían contraído, como los odres resacados a los cuales se los había comparado. Mientras permanecían satisfechos con una religión legal les era imposible ser depositarios de la verdad viva del cielo. Pensaban que para todo bastaba su propia justicia y no deseaban que entrase un nuevo elemento en su religión. . . . Esto ocasionó la ruina de los judíos y será la ruina de muchas almas en nuestros tiempos. . . . Una religión legal no puede nunca conducir las almas a Cristo, porque es una religión sin amor y sin Cristo."—"El Deseado de Todas las Gentes," págs. 24, 238, 239.

En la declaración que sigue se expone enfáticamente la completa inutilidad de una religión de simple forma y asentimiento intelectual:

"Hay algunos que profesan servir a Dios a la vez que confían en sus propios esfuerzos para obedecer su ley, formar un carácter recto y asegurarse la salvación. Sus corazones no son movidos por ningún sentimiento profundo del amor de Cristo, sino que tratan de ejecutar los deberes de la vida cristiana como una cosa que Dios demanda de ellos, a fin de ganar el cielo. *Tal religión no vale nada.* . . . Aquellos que sienten el constrictivo amor de Dios no preguntan cuánto es lo menos que pueden darle para satisfacer los requerimientos de Dios; no preguntan cuál es la más baja norma aceptada, sino que aspiran a una vida de completa conformidad con la voluntad de

su Salvador. Con ardiente deseo entregan todo y manifiestan un interés proporcionado al valor del objeto que buscan. El profesar pertenecer a Cristo sin sentir amor profundo, es *mera charla, árido formalismo, gravosa y vil tarea.*—"El Camino a Cristo," ed. 1949, págs. 45, 46. (La cursiva es del autor del artículo.)

Sólo las personas espirituales pueden distinguir y comprender las cosas del Espíritu. A las demás pueden parecerles necedades. "Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente." (I Corintios 2: 14.) No es extraño por tanto, que las verdades y los llamados espirituales impresionen tan poco a tantos miembros de la iglesia. Se interesan mucho más en los relatos, las anécdotas, la prédica informativa, la ortodoxia teológica y los sermones doctrinales escuetos, que sólo exigen asentimiento, sin cambio de carácter y conducta, que en la instrucción espiritual profunda impartida en lecciones de devoción práctica. Es éste el motivo por el cual el mensaje de la justicia por la fe suscitó tantos antagonismos en tiempos de los apóstoles, en la época de la Reforma y también en este movimiento, durante los últimos años del siglo XIX y en otros posteriores. Cuando se presenta aquello que "abate la gloria del hombre en el polvo," no puede esperarse agrandar a un legalista que se conforma con una mera forma de religión.

Apliquemos estos principios al tema que consideramos. Ante todo debemos reconocer que no puede hacerse entender de todos—inclusive algunos dirigentes—lo que es la expiación. La declaración siguiente contiene la única manera por la cual puede comprenderse el asunto:

"El alma debe ser limpiada de la vanidad y el orgullo v vaciada de todo lo que la domina, y Cristo debe ser entronizado en ella. La ciencia humana es demasiado limitada para comprender el sacrificio expiatorio. El plan de la redención es demasiado abarcante para que la filosofía pueda explicarlo. Seguirá siendo siempre un misterio que el razonamiento más profundo no puede sondear. La ciencia de la salvación no puede ser explicada; pero puede ser conocida por experiencia."—"El Deseado de Todas las Gentes," pág. 441.

Esto es demasiado claro para ser malentendido. El plan de la redención no puede entenderse o explicarse sobre una base puramente intelectual. Sus verdades pueden abarcarse tan sólo cuando se la practica y aplica a la vida diaria, convirtiéndose entonces los creyentes en epístolas "sabidas" o leídas de los hombres." Las mejores traducciones de las Escrituras son los textos que se han traducido en experiencia. Con ellos predicamos nuestros mejores sermones, los únicos dignos de escucharse.

"No olvidemos que el argumento más poderoso en favor del cristianismo, es una vida semejante a la de Cristo; en cambio un cristiano vulgar hace más daño en el mundo que un mundano. Todos los libros escritos no reemplazarán una vida santa. Los hombres creerán, no lo que el predicador dice, mas lo que vive la iglesia. Sucede a menudo que el sermón predicado desde el púlpito es neutralizado por el que se desprende de las vidas de personas que se dicen defensoras de la verdad."—"Testimonios Selectos," tomo 5, págs. 137, 138.

Si bien en la cruz se proveyó plenamente para la reconciliación, la aplicación de ésta a la vida individual es obra que continuará hasta el fin del tiempo de prueba, cuando cese la obra sacerdotal de Cristo. Por tanto, la conocida declaración del hombre feliz quien, al preguntársele cuándo había sido salvo respondió que hacía dos mil años pero que él acababa de descubrirlo, es exacto sólo en parte. Si es verdad que el precio del rescate se pagó en el Calvario, la salvación es un hecho tan sólo cuando el pecador acepta la provisión que se hizo con la muerte expiatoria de Cristo y experimenta el poder purificador del Evangelio en su vida; de lo contrario tendremos que creer en la salvación universal. La expiación debe incluir la obra mediadora de Cristo en el santuario celestial.

Cuando el pecador salta del campamento de Israel para entrar en el atrio del tabernáculo y conferaba sus pecados sobre la cabeza del cor-

dero, quitándole luego la vida como simbolo de que sus pecados costarían la vida del Cordero de Dios, su misión terminaba y podía regresar a su tienda feliz por la justificación alcanzada. Pero su gozo habría sido vano si el sacerdote no hubiese hecho su parte usando la sangre en favor del penitente y si más tarde el sumo sacerdote no hubiese hecho la expiación en el lugar santísimo, en una ceremonia que ponía fin al pecado en sentido simbólico. Si todos estos detalles carecían de objeto habría bastado con la ceremonia del atrio. De igual manera, si la expiación quedó completa con la muerte de Cristo en la cruz, sería innecesaria la obra sacerdotal de Cristo en el santuario celestial. Por este motivo se ha decucido tanto en el mundo religioso la obra mediadora de Cristo, tan claramente expuesta en el libro de Hebreos. Los adventistas somos casi los únicos que damos relieve a tan importante verdad.

Los apóstoles, al conocer por experiencia el significado de la expiación, podían explicarla plenamente a otros. Esto es evidente en muchos textos, ejemplo de los cuales es el que seguidamente transcribimos:

"Siendo justificados gratuitamente por su gracia, por la redención que es en Cristo Jesús; al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, atento a haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar su justicia en este tiempo: para que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús. ¿Dónde putes está la jactancia? Es excluida. ¿Por cuál ley? ¿de las obras? No; mas por la ley de la fe. Así qué concluimos ser el hombre justificado por fe sin las obras de la ley." (Rom. 3: 24-28.)

El apóstol habla aquí en especial de la justificación, o justicia imputada, uno de los bienaventurados frutos del sacrificio expiatorio de Cristo, el único medio de tratar los "pecados pasados," o "pecados cometidos anteriormente" (Weymouth.) La palabra "propiciación" se traduce por "expiación"—"propiciatorio" y "sacrificio de reconciliación" en otras versiones.—La conclusión a que se arriba es que no existe en absoluto motivo para vanagloriarse en obras humanas puesto que "la observancia de la ley nada tiene que ver con ello." (Goodspeed.) "¿Dónde, pues, halláis lugar para vuestra vanagloria? Está excluida para siempre. ¿Sobre qué principio? ¿en el terreno del mérito? No, sino en el terreno de la fe. Porque sostenemos que como resultado de la fe un hombre es tenido por justo, aparte de los actos cumplidos en obediencia a la ley." (Weymouth.)

Nuestro texto nos dice que la muerte de Cristo "como sacrificio de reconciliación" era necesario para "vindicar su justicia." (Goodspeed.) Cristo habla de satisfacer la justicia de la ley en favor del hombre tanto por la obediencia perfecta como cumpliendo el castigo de la transgresión. En otras palabras, Dios no podía declarar al hombre limpio de culpa por la justificación sin hacer completa provisión para sus pecados. Todas las transgresiones cometidas en los milenios anteriores a Cristo las pasó Dios "por alto, en su paciencia," o fueron perdonadas sobre la base de un convenio futuro, cuando serian expiadas por la sangre de Cristo.

"La ley requiere justicia, una vida justa, un carácter perfecto; y esto no tenía el hombre para darlo. No puede satisfacer los requerimientos de la santa ley de Dios. Pero Cristo, viniendo a la tierra como hombre, vivió una vida santa y desarrolló un carácter perfecto. Ofrece éstos como don gratuito a todos los que quieran recibirlos. Su vida reemplaza la vida de los hombres. Así tienen remisión de los pecados pasados, por la paciencia de Dios. . . . Dios puede ser 'justo,' y el que justifica al que es de la fe de Jesús." El amor de Dios ha sido expresado en su justicia no menos que en su misericordia. La justicia es el fundamento de su trono y el fruto de su amor. Había sido el propósito de Satanás divorciar la misericordia de la verdad y la justicia. Por su vida y su muerte, Cristo demostró que la justicia de Dios no destruye su misericordia, pero que el pecado podía ser perdonado, y que la ley es justa y puede ser obedecida perfectamente."—"El Deseado de Todas las Gentes," págs. 695, 696.

El declarar justo al injusto e inocente al culpable habría sido un acto de injusticia si Cristo no hubiese cumplido el castigo por el quebrantamiento de la ley en lugar del hombre, lo cual significa una demostración de su justicia, imputable al hombre mediante la fe. Así como el juez está obligado a exaltar el honor y la integridad de la ley haciendo cumplir sus demandas, Dios mantiene su firmeza en lo que toca a la justicia y al mismo tiempo perdona al pecador arrepentido tan sólo en virtud del sacrificio expiatorio de su Hijo. "La cruz reconcilió dos cosas al parecer incompatibles: el celo por la ley y la absolución judicial del culpable."—H. C. B. Moule, "Biblia de Cambridge," Rom. 3: 26.

La verdadera justificación implica santificación, justicia impartida y crecimiento espiritual. Pablo muestra la inutilidad de las obras sin la fe, mientras que Santiago habla de lo inútil que resulta la fe sin obras, y en ello no hay contradicción. La profesión de nada vale sin la posesión, o práctica. La expresión "siendo justificados" se refiere no sólo a "este tiempo sino a cualquier ocasión futura en que ello sea necesario y se ejercite la fe. Puede mantenerse el derecho al cielo por la justificación al mismo tiempo que se adquiere preparación para el cielo por la santificación. En otras palabras, se puede "estar aparejado de continuo," mientras uno realmente sigue "aparejándose" mediante el lento proceso del crecimiento cristiano, que es la obra de toda una vida. La justificación es obra de un momento, como en el caso del ladrón en la cruz.

El apóstol de la fe escribe nuevamente:

"Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo." "Mas Dios encarece su caridad para con nosotros, porque siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Luego mucho más ahora, justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no sólo esto, mas aun nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por el cual hemos ahora recibido la reconciliación." (Rom. 5: 1, 8-11.)

En 1 Juan 2: 2 se dice que Cristo es "sacrificio expiatorio por nuestros pecados." (Weymouth.) Se define la expiación como reparación, propiciación, enmienda, compensación, satisfacción y reconciliación.

Los pecadores hemos de ser reconciliados con Dios más bien que Dios con nosotros, porque el hombre es el responsable de la enemistad. El vocablo "pues" indica que el apóstol da por sentado que sus lectores han comprendido sus argumentos sobre la justificación por la fe. La "paz" es el fruto de la justificación. Se nos justifica por la muerte de Cristo, pero se nos salva por su vida. No sólo por su vida en la carne sino por el hecho de que vive "siempre para interceder" por nosotros. Para nuestra santificación y salvación es esencial que vivamos la vida de Cristo. La paz de la reconciliación no es una tregua en las hostilidades o un armisticio sino una paz que se basa en la confianza y la fe restauradas, una paz que "sobrepasa todo entendimiento." Se puede vivir en la dispensación de la reconciliación y al mismo tiempo ser absolutamente ignorantes de ella en lo que a experimentarla se refiere. Para los tales, "Cristo murió en vano."

En el servicio sacerdotal de reconciliación participaban quienes habían "experimentado" la expiación:

"Y todo esto es de Dios, el cual nos reconcilió a sí por Cristo . . . reconciliando el mundo a sí, no imputándole sus pecados, y puso en nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio nuestro; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él." (2 Cor. 5: 18-21.) "Nos ha dado el oficio de predicar la expiación." (Vers. 18, Tyndale.)

La reconciliación con Dios sólo es posible en los términos que él ha establecido y con los medios que él ha provisto. Cristo, "que no conoció pecado," fué hecho "pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios

en él." Esta paradoja es "un milagro moral" y explica la exclamación de Cristo en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Dios tenía que tratar a su Hijo como a un pecador a fin de sostener la rectitud de la ley y la justicia del orden divino. El Inocente recibió castigo de culpable, para que los culpables pudiesen ser tratados como inocentes.

"Cristo fué tratado como nosotros merecemos a fin de que nosotros pudiésemos ser tratados como él merece. Fué condenado por nuestros pecados, en los que no había participado, a fin de que nosotros pudiésemos ser justificados por su justicia, en la cual no habíamos participado. El sufrió la muerte nuestra, a fin de que pudiésemos recibir la vida suya."—"El Deseado de Todas las Gentes," pág. 20.

"Sólo puede alcanzar [el pecador] la justicia por un medio: la fe. Por fe puede presentar a Dios los méritos de Cristo, y entonces el Señor imputa al pecador la obediencia de su Hijo. Se acepta la justicia de Cristo en lugar del fracaso del hombre, y Dios recibe, perdona y justifica al alma arrepentida y creyente, tratándola como si fuera justa y amándola como ama a su Hijo."—Elena G. de White, *Review and Herald*, 4 de noviembre de 1890, pág. 673.

Esto es casi demasiado hermoso para ser verdad. Indica que al borrarle los pecados de los libros de registro, se escribe lo que Cristo hubiera hecho en nuestro lugar. De ese modo se nos adjudican su carácter y su conducta. ¿Es maravilla que el Padre nos ame como ama a su Hijo, si en todo respecto nuestra vida es la vida de su Hijo?

La reconciliación con Dios es también el único medio de reconciliarnos con nuestros semejantes.

"Dirimiendo en su carne las enemistades, la ley de los mandamientos en orden a ritos, para edificar en sí mismo los dos en un nuevo hombre, haciendo la paz, y reconciliar por la cruz con Dios a ambos en un mismo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino, y anunció la paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca." (Efe. 2: 15-17.)

"Era su designio unir las secciones de la humanidad en sí mismo para formar un hombre nuevo, realizando de ese modo la paz; y reconciliar judíos y gentiles en un cuerpo con Dios, mediante su cruz, matando así la enemistad mutua." (Weymouth.)

Cristo es el gran imán y el único nexo entre todas las gentes, cualquiera sea su clase. El declaró: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo." Al ser atraídas hacia el gran Centro, todas las gentes se atraen entre sí. Cristo no sólo destruyó el pecado, la enemistad entre Dios y el hombre, sino también los prejuicios, la hostilidad entre los seres humanos, llamada "la pared intermedia de separación." Esta íntima comunión se estableció en la cruz. Las Escrituras desconocen un Evangelio sin cruz, o una cruz como simple accidente que provocó la muerte prematura de Cristo.

En Colosenses 1: 20-22 se pone en evidencia que tal reconciliación mediante la cruz incluye al universo sin pecado:

"Y por él reconciliar todas las cosas a sí, pacificando por la sangre de su cruz, así lo que está en la tierra como lo que está en los cielos. A vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos de ánimo en malas obras, ahora empero os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de muerte, para haceros santos, y sin mancha, e irreprochables delante de él."

Reconciliarse significa "volver a gozar de favor," e indica alejamiento o enajenación previos. El hombre se hizo "extraño" por sus "malas obras," apartándose del "Dios vivo." (Heb. 3: 12.) Pablo declara que "la intención de la carne es enemistad contra Dios" (Rom. 8: 7), y Santiago expresa que "la amistad del mundo es enemistad con Dios" (San. 4: 4).

Pablo desciende de su generalización sobre "lo que está en la tierra como lo que está en los cielos" hasta "vosotros," los individuos que eran "extraños," pero que se han "reconciliado." Es otra manera de decir: todo "el que quiere," expresión que pone de manifiesto el hecho de que la salvación está al alcance de todo ser humano.

si la desea. Ricardo Baxter comenta: "Gracias sean dadas a Dios por ese 'el que quiere.' Si hubiese dicho: 'Ricardo Baxter,' yo hubiera podido creer que se refería a otro Ricardo Baxter, pero 'el que quiere' soy yo, aunque sea el peor Ricardo Baxter que haya existido."

La muerte de Cristo no sólo borró para siempre de las mentes de los ángeles y seres sin pecado de otros mundos hasta el último vestigio de simpatía hacia Satanás y sus ángeles, sino que proveyó también el medio de reconciliación para los hombres caídos, con objeto de que pudiesen presentarse "santos, y sin mancha, e irreprehensibles delante de él." Estos son términos legales que indican que no se harán cargos a los reconciliados. A la pregunta: "¿Quién acusará a los escogidos de Dios?" se contesta: "Dios es el que justifica;" y a esta otra: "¿Quién es el que condenará?" se responde: "Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros." Por tanto, "¿quién nos apartará del amor de Cristo?" La respuesta concluye con la declaración de que nada "nos podrá apartar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro." (Ver Rom. 8: 33-39.)

Por Hebreos 2: 17, 18 resulta evidente que la encarnación era requisito previo para la reconciliación: "Por lo cual, debía ser en todo semejante a los hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel Pontífice en lo que es para con Dios, para expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados." Cristo se hizo Emmanuel, el Dios-hombre, siendo realmente divino y verdaderamente humano, para "venir a ser misericordioso y fiel Pontífice," porque tan sólo quien había conocido el pecado por experiencia podía mediar entre Dios y el hombre. "Porque no tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro." (Heb. 4: 15, 16.) Estas afirmaciones únicamente podían aplicarse a Quien se había hecho "semejante a los hombres" y participaba de la carne y la sangre humanas.

El apóstol del amor describe así la perfección de la obra expiatoria: "Hijitos míos, estas cosas os escribo, para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo; y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo." (1 Juan 2: 1, 2.) "En esto consiste el amor: no que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y ha enviado a su Hijo en propiciación por nuestros pecados." (1 Juan 4: 10.) La traducción de Weymouth registra en ambos textos: "El es sacrificio expiatorio por nuestros pecados." "Hijitos" es un término afectuoso siete veces utilizado por el apóstol del amor. El propósito de esta epístola es dar la instrucción necesaria para que los cristianos "no pequen." El pecado se debe principalmente a la ignorancia del plan de salvación. En Oseas 4: 6 se declara: "Mi pueblo fué talado, porque le faltó sabiduría." Es propósito del Evangelio evitar el pecado tanto como quitarlo; al par que remedio, es medicina preventiva.

En la misma epístola se vuelve a insistir en el poder del Evangelio para evitar que pequemos:

"Nadie que mantenga la unión con él vive en pecado: nadie que viva en pecado le ha visto o le conoce. Hijitos, no dejéis que os extravién. El hombre que procede rectamente es justo, así como él es justo. El que de continuo es culpable de pecado, es hijo del diablo, porque el diablo ha sido pecador desde el principio. El Hijo de Dios apareció para deshacer la obra del diablo." (1 Juan 3: 6-8, Weymouth.)

"Sabemos que nadie que sea nacido de Dios vive en pecado, sino que Aquel que es Hijo de Dios le cuida, y el maligno no puede tocarle. Sabemos que somos hijos de Dios y que todo el mundo está en poder del maligno." (1 Juan 5: 18, 19, Weymouth.)

La frase "si alguno hubiere pecado" va precedida por "os escribo, para que no pequéis," de modo que nadie podrá aprovecharse de ello y con-

siderar el pecado como cosa inevitable y mal necesario. Juan no se dirige a los cristianos como si fuesen seres sin pecado sino que les propone el blanco ideal de la pureza y luego les habla de la provisión que se ha hecho para alguna emergencia, de modo que no se desanimen en caso de desliz. En emergencias tales tenemos "abogado . . . para con el Padre," que puede "salvar eternamente a los que por él se allegan a Dios." Este Abogado, o voz añadida [otra voz] está siempre listo para cubrir todo pecado mediante la justificación. Todos nos hallamos expuestos a la tentación y el Señor reconoce la posibilidad de que peque hasta el justo. Este riesgo no sólo se lo indica sino que se lo ilustra en la vida de los mejores hombres, tales como Noé, Abrahán, Moisés, Aarón, David y Pedro, tanto como en nuestras propias vidas. Cristo, "el justo," aboga por la causa del injusto e imputa al pecador su obediencia y sus méritos.

El texto que consideramos explica que aunque el pecado no es cosa pequeña, tampoco es irremediable. Cristo "no es un abogado que desea hacer caso omiso de la ley, sino que quiere cumplirla." —Brook Foss Westcott, "The Epistles of St. John," 1 Juan 2: 1. En la declaración de Juan no se da licencia para pecar ni se contemporiza con el pecado, sino que se provee una salida para los casos en que se comete falta, luego de agotados los esfuerzos por evitarla. Los salvavidas y los botes de un barco no forman parte de un plan de naufragio sino que son providencias para casos de necesidad. Y lo mismo puede decirse de la escalera de escape en un edificio alto. Cristo vino para salvar "a su pueblo de sus pecados;" se presentó "para deshacimiento del pecado . . . por el sacrificio de sí mismo." En su propósito de proporcionar sustituto para el pecado Dios no perdonó ni a su propio Hijo. Se hizo provisión para los pecados "de todo el mundo," pero la expiación se aplica solamente a quienes aceptan lo que ofrece el Evangelio y lo aplican a sus vidas mediante la fe.

Sin embargo, la salvación no depende del pleno conocimiento del plan de salvación inclusive la muerte y el sacerdocio de Cristo en el santuario celestial. Se dice que Cristo es "la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo," lo cual indica que a cada mortal le llega luz suficiente para salvarse si anda en ella. Se nos dice que hasta los paganos estarán "sin excusa" en el juicio, porque mediante el libro de la naturaleza—"la edición ilustrada de la Biblia"—han aprendido acerca de la "eterna potencia y divinidad" de Dios. (Ver Rom. 1: 18-20.) Ha de ser así, porque Dios "no hace acepción de personas." En Zacarías 13: 6 se nos anticipa que algunos se dirigirán a Cristo en el reino, preguntándole: "¿Qué heridas son éstas en tus manos?" y que él les responderá: "Con ellas fui herido en casa de mis amigos." Esta indicación entraña que se salvarán muchos que jamás oyeron hablar de la crucifixión. En el capítulo titulado "La esperanza de los paganos" del libro "Prophecs and Kings" (Profetas y Reyes), leemos que irán al reino de los cielos muchos que nunca oyeron hablar de la ley o la palabra escrita, pero que por las lecciones de la naturaleza y la influencia del Espíritu Santo "cumplieron espontáneamente con las cosas encerradas en la ley." "El plan de salvación es suficientemente amplio para abarcar el mundo entero." Pero todos se salvan mediante el nombre y el carácter de Cristo; "porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos."

Por causa de la crisis provocada por las enseñanzas de los judaizantes el apóstol Pablo parece haber alcanzado la cumbre de la inspiración y la lógica sobre el tema de la expiación y la cruz, en sus epístolas a los Romanos y los Gálatas, y especialmente en esta última:

"Porque por medio de la ley, yo morí a la ley, a fin de que viva para Dios. He sido crucificado con Cristo; sin embargo vivo; mas no ya yo, sino que Cristo vive en mí; y aquella vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, el cual me amó, y se dió a sí mismo por mí. No hago nula la gracia de Dios; porque si por medio de la ley es la justicia, entonces Cristo murió en balde." (Gál. 2: 19-21, V. M.)

El apóstol había sido crucificado con Cristo y por tanto, podía decir: "Estoy muerto;" en efecto,

en cierto sentido estaba todavía en la cruz con Aquel que es el "Cordero, el cual fué muerto desde el principio del mundo." En otra ocasión dijo: "Cada día muero." En la cruz Cristo gustó "la muerte por todos" y "por todos murió;" y se nos dice que, "si uno murió por todos, luego todos son muertos." (Véase Heb. 2: 9; 2 Cor. 5: 14, 15.) Por esta crucifixión el viejo hombre de pecado muere y es sepultado, según el símbolo del bautismo, y se levanta como hombre nuevo para andar "en novedad de vida." La declaración de Pablo indica que la aceptación de un hecho ya cumplido hace posible una experiencia continua.

Con Cristo fueron crucificados dos ladrones, en cruces separadas. El murió por ambos, pero uno solo aceptó lo provisto en el plan de salvación y experimentó la crucifixión de su naturaleza inferior, sin la cual es imposible la vida eterna. El único camino al Paraíso es la cruz, sin la cual no hay cristianismo. A menos que experimentemos espiritualmente en nuestras vidas la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, el Salvador "murió en balde" por nosotros.

La crucifixión con Cristo implica una muerte triple. La primera es la muerte a la ley, para que su maldición, condenación o castigo dejen de amedrentarnos. La segunda es la muerte al pecado, para que no se "enseñoree" más sobre nosotros; y como resultado, tampoco la muerte se enseñoreará. La tercera es la muerte al mundo. Pablo afirmó que por la cruz de Cristo "el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo." Cristo era el secreto de la vida más abundante y de la esperanza de gloria futura. Una nota adicional sobre Gálatas 2: 20 reza como sigue:

"Este versículo hace resaltar la clave de la epístola y resume toda la revelación cristiana considerada subjetivamente. San Pablo descubre aquí a nuestros ojos el secreto de su vida de cristiano y de apóstol, el manantial de su maravillosa actividad, la fuente y el objeto del entusiasmo que lo inspiraba. Conocemos algo de su vida y sus fatigas. Aquí nos dice cómo vivía esa vida y por qué soportaba esas fatigas. Se conservó para nosotros un registro completo de sus enseñanzas. Este es su resumen."—E. H. Browne, "Biblia de Cambridge," Apéndice, págs. 90, 91, Gál. 2: 20.

El que Pablo pudiese decir: "Yo morí" al mismo tiempo que "sin embargo vivo," constituye una de las muchas paradojas de sus escritos. El apóstol estaba vivo "a Dios en Cristo Jesús Señor nuestro." (Rom. 6: 11.) Tan completamente identificado estaba con su Maestro, que sus distintas personalidades se confundían. Cristo era para él "el todo, y en todos." "No yo, sino él, en todo cuanto haga; no yo, sino él, en todo mi pensar."

"¿Qué es la justificación por la fe? Es la obra de Dios de abatir hasta el polvo la gloria del hombre y hacer por él lo que no puede hacer por sí mismo. Cuando los hombres ven su insignificancia están preparados para recibir las vestiduras de la justicia de Cristo."—"Special Testimonies," serie A, N° 9, pág. 62.

Esta nueva vida en Cristo no ha de vivirse en el cielo sino "en la carne," o sea en el mundo presente, mientras nuestra carne es vil y pecadora. En Gálatas 5: 16-25 se describe el conflicto entre el Espíritu Santo, que obra en los sentimientos superiores del hombre, y Satanás, que opera en los más bajos. Dice Pablo:

"Dejad que el Espíritu gobierne vuestras vidas y no cederéis entonces a los anhelos de la carne. Porque los anhelos de la carne se oponen a los del Espíritu, y los deseos del Espíritu son contrarios a los de la carne; porque ambos están en pugna, de modo que no podéis hacer aquello a que estáis inclinados." (Vers. 16, 17, Weymouth.)

Es ésta la principal diferencia entre un cristiano y un mundano.

En el siguiente párrafo se nos muestra el resultado de la influencia del Espíritu:

"Cuando nos sometemos a Cristo, el corazón se une con su corazón, la voluntad se fusiona con su voluntad, la mente llega a ser una con su mente, los pensamientos se sujetan a él; vivimos su vida. Esto es lo que significa estar vestidos con el manto de su justicia."—"Lecciones Prácticas del Gran Maestro," pág. 289.

Esta vida nueva se vive "en la fe del Hijo de Dios." Quienes la experimentan poseen "la fe de Jesús." Pero la fe verdadera se manifiesta siem-

pre en buenas obras, que son fruto de la fe y el amor. Martín Lutero dió esta explicación, por cierto muy correcta:

"Las buenas obras han de realizarse no por causa, sino como fruto de la justicia; las haremos porque hemos sido justificados, y no, siendo injustos, para que se nos justifique. El árbol hace a la manzana y no la manzana al árbol."

En Gálatas 2: 20, 21 se habla de la justicia de Cristo impartida, o santificación. Del libro "The Pulpit Commentary" (Comentarios para el Púlpito) transcribimos lo siguiente acerca de la vida cristiana esencial:

"(1) La muerte es esto: destrucción de la vida antigua; sujeción de las pasiones y la concupiscencia, de los hábitos y relaciones de la vida de pecado, egoísmo y mundanalidad. El cristianismo no es mera educación. Es sobre todo militancia: purificación, castigo, muerte. (2) La crucifixión es esto: muerte penosa y violenta; porque no es cosa fácil destruir la vida de pecado, tan plena de atractivos y tan profundamente arraigada en lo íntimo del ser. . . . (3) Esto es la crucifixión con Cristo: nuestra unión con Cristo exige la muerte a la vida antigua, y la produce. El vino nuevo hace estallar las viejas botellas. Ni la conciencia ni la ley destruyen la vida antigua, aun cuando reveñan su horrible deformidad. Pero cuando vamos al Calvario y nos acercamos al Cristo moribundo, penetramos por la fe de su sufrir y experimentamos entonces viva simpatía hacia él, el viejo yo recibe heridas mortales. No podemos ya seguir viviendo la antigua vida. . . . San Pablo siente que se ha entregado de tal modo a Cristo que quien le gobierna no es otro sino Cristo. Esto es el cristianismo verdadero: (1) Es vida: morimos para poder vivir. . . . (2) Esta vida es la de Cristo. Deriva su fuerza de Cristo, se inclina a la voluntad de Cristo, persigue los fines de Cristo, respira el espíritu de Cristo; se la vive en comunión personal con Cristo. Han desaparecido los propósitos egoístas y los recursos de invención propia y en su lugar sirve de inspiración la gracia de Cristo, y los designios y la voluntad de Cristo constituyen la influencia que gobierna la nueva vida. No es ello una posibilidad para el futuro, sino realidad en el presente. . . . Si es cierto que la gracia nos conduce a la conformidad con la ley, ello sólo puede lograrlo cambiando el corazón e implantando principios de justicia."—"The Pulpit Commentary," Homilies by various authors, Gál. 2: 20, 21, pág. 116.

Pablo declara que el intento de lograr la justificación por las obras humanas frustra, anula o neutraliza la gracia de Dios, y que para quienes se lo proponen, la muerte de Cristo fué vana, inútil. Es un error trágico. La gracia siempre conduce a la conformidad con la ley divina, porque el Evangelio escribe la ley en la conciencia y en las tablas carnales del corazón, haciéndonos cumplir "naturalmente" lo que es de la ley, con gozosa obediencia.

Quizás un versículo más baste para mostrarnos que la expiación carece de valor a menos que la experimentemos en nuestra vida: "Mas lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo. Porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino la nueva criatura." (Gál. 6: 14, 15.) El Dr. Adán Clarke declaró que "la cruz de Cristo es la piedra de toque del cristianismo." Por ella Pablo, el antiguo fariseo, se liberó de los lazos del legalismo y la aparatosidad ceremonial, para gozar de "la libertad gloriosa de los hijos de Dios." A los corintios dijo: "Porque no me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado." (1 Cor. 2: 2.) Por mucho que otros se vanagloriasen, Pablo se negó a gloriarse sino en la muerte expiatoria de Cristo en la cruz. Queda por tanto excluída para siempre toda vanagloria por las obras y los méritos humanos.

Mientras Pablo fué fariseo se ufano de su nacimiento, de su educación superior, de su devoción a las ceremonias religiosas y aun de su celo en perseguir a los cristianos. Después de su conversión pudo haberse gloriado de su vocación y autoridad apostólica, de su maravilloso éxito en los campos misioneros, de su valor para enfrentar la oposición y de su fortaleza para soportar la persecución. Pero las cosas que en otro tiempo valoraba, le parecían

ahora simples desperdicios comparadas con el inapreciable privilegio de conocer a Cristo y su crucifixión. Algunos hombres se jactan de su cruz y sus sufrimientos, pero Pablo sólo se gloriaba en la cruz y los sufrimientos de Cristo. Para él no existían sus sufrimientos por Cristo, sino los sufrimientos de Cristo por él. (Lightfoot.) Lo que fuera emblema de mal, de vergüenza e ignominia para el mundo, se convirtió en motivo de gloria y símbolo de justificación y salvación.

Casi idéntico es el pensamiento expresado en Jeremías 9: 23, 24: "Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hace misericordia, juicio y justicia en la tierra: porque estas cosas quiero, dice Jehová."

La sabiduría, el poder y la fuerza son las principales razones de la vanagloria humana, pero tal alabanza es vana, porque "la sabiduría de este mundo es necesidad para con Dios" y "es completa vanidad todo hombre que vive."

En la verdadera vida cristiana hay una doble crucifixión: estamos crucificados para el mundo y el mundo está crucificado para nosotros. Estamos muertos para el mundo y el mundo ha muerto para nosotros. El mundo no tiene atractivo para el cristiano, ni el cristiano para el mundo, porque nada tienen en común. En la Biblia de Cambridge se define así este cambio de relaciones:

"El mundo con sus intereses transitorios, sus propósitos limitados y estrechos, sus sórdidas ganancias, sus tesoros percederos, su huera ostentación y su falsa satisfacción, se me antoja aquel reo que, clavado en la cruz, sufría una muerte, si lenta no menos segura y vergonzosa. Y el mundo me considera a mí del mismo modo."—E. H. Browne, "Biblia de Cambridge," Gál. 6: 14.

Martin Lutero comentó de este modo Gálatas 6: 14, 15: "El mundo y yo nos llevamos de acuerdo. Al mundo no le importo absolutamente nada y yo, para estar a la par, no me cuido para nada del mundo."

"El mundo lo da por muerto [a Pablo], sin atractivo alguno que pudiera interesarle. No lo considera ya como propio y por ello lo odia al punto de perseguirlo. Esta crucifixión mutua se produjo por su unión con Cristo, la unión la realizó la cruz. ¡Bien podía el apóstol gloriarse en la cruz!"—"The Pulpit Commentary," Homiletic, Gál. 6: 14, pág. 323.

"Algunos quisieran pasar por alto la doctrina de la cruz; pero un cristianismo sin cruz sería un Evangelio mutilado, impotente, privado de toda eficacia y desposeído de toda gloria."—*Id.*, pág. 342.

La mensajera del Señor escribió:

"Quitarle al cristiano la cruz sería como borrar del cielo el sol. La cruz nos acerca a Dios, y nos reconcilia con él. . . . Sin la cruz, el hombre no podría unirse con el Padre. De ella depende toda nuestra esperanza. De ella emana la luz del amor del Salvador; y cuando al pie de la cruz el pecador mira al que murió para salvarlo, puede regocijarse con pleno gozo; porque sus pecados son perdonados. Al postrarse con fe junto a la cruz, ha alcanzado el más alto lugar que pueda alcanzar el hombre."—"Los Hechos de los Apóstoles," pág. 153.

Aunque la cruz ha llegado a ser motivo de gloria, continúa siendo instrumento de tortura y muerte. Es para el cristiano lo que fué para Cristo, porque el cristianismo es unión con Cristo, lo cual incluye "participación de sus padecimientos" tanto como disfrute de su gloria y su triunfo. Cuando contemplamos la cruz, el mundo pierde su poder sobre nosotros y sus fascinantes placeres dejan de encantarnos. Muere el yo y la carne se rinde a la soberanía del Espíritu; los anhelos y pasiones terrenales ceden paso a los deseos y afectos del cielo. Esta experiencia es de tan fundamental importancia que todo lo demás, inclusive las ceremonias religiosas, se desvanece en la insignificancia. Lo más importante es la nueva creación, por la cual todas las cosas "son hechas nuevas." Nada tiene más valor que "una nueva naturaleza," o "una nueva naturaleza en todo," según otras traducciones.

Los ritos externos y las ceremonias carecen de significado sin la íntima experiencia espiritual. El

rito o la ceremonia religiosa sólo tienen valor como símbolo, o señal, de un estado interior. Si éste no existe, el símbolo queda reducido a "una buena apariencia en la carne." (V. M.) La observancia del sábado y el bautismo son señales falsas cuando no constituyen evidencias externas de carácter cristiano y regeneración. El ser miembro de la iglesia y ocupar un puesto, practicar una ortodoxia doctrinal estricta o sustentar las más ardientes pretensiones de santidad son inútiles e insensatas cuando no ha existido una nueva creación. Lo que somos es mucho más importante e imprescindible que lo que hacemos y lo que decimos. La rectitud consiste ante todo en ser recto, y como fruto, proceder y vivir rectamente. No somos lo que somos por hacer lo que hacemos, sino que hacemos lo que hacemos por ser lo que somos.

Este principio se halla expuesto con toda claridad en la siguiente declaración:

"Si vuestro corazón es recto, vuestro hablar, vestir y obrar serán también rectos."—"Testimonies," tomo 1, pág. 158.

"Para hacer lo bueno hay que ser bueno primero. No podéis ejercer una influencia transformadora sobre los otros hasta que vuestro propio corazón no haya sido humillado, refinado y enternecido por la gracia de Cristo. Cuando en vosotros cristalice este cambio os será natural vivir para bendecir a otros, así como es natural para el rosal producir sus flores fragantes, o para la vid sus racimos morados."—"El Discurso Maestro de Jesucristo," pág. 105.

La muerte expiatoria de Cristo ha operado esta nueva creación que renueva a su vez todas las cosas:

"Cuando el pecador, atraído por el poder de Cristo, se acerca a la cruz levantada y se postra delante de ella, se realiza una nueva creación. Se le da un nuevo corazón; llega a ser una nueva criatura en Cristo Jesús. La santidad encuentra que no hay nada más que requerir."—"Lecciones Prácticas del Gran Maestro," pág. 151.

"El meditar en el Calvario despertará en el corazón del cristiano tiernas, sagradas y vivas emociones. Sus labios y su corazón alabarán a Dios y el Cordero. En los corazones de quienes mantienen presentes las escenas del Calvario nunca podrán florecer el orgullo y el engreimiento. . . . Muchos profesos cristianos se entusiasman con los sucesos mundanos y se interesan en diversiones sensacionales, al par que se muestran indiferentes y hasta se desentienden de la causa de Dios. He aquí un tema, pobre cristiano formal, que por su interés debiera entusiasmarle. Hay en juego intereses eternos. Acerca de él es pecado mantenerse tranquilo e impasible. Las escenas del Calvario provocan la emoción más profunda; y te será perdonado que manifiestes por ella toda tu admiración. . . . La contemplación de la sin par profundidad del amor del Salvador debiera ocupar la mente, enternecer el alma, refinar y elevar los afectos y transformar por completo el carácter. . . . Algunos poseen un concepto muy estrecho de la expiación."—"Testimonies," tomo 2, págs. 212, 213.

Hablando del Calvario dice Dorotea Sayers: "Si este tema es sombrío, entonces ¿a qué cosa, en nombre del Cielo, puede llamarse fascinante? . . . Si se dice que esto es sombrío, las palabras nada significan."

La exaltación de la muerte expiatoria de Cristo desempeñará parte importante en la preparación del pueblo remanente de Dios para la lluvia tardía y el fuerte clamor. Ello es evidente por la maravillosa transformación de carácter que produce una exaltación tal, según se la describe en diversas citas. Fué esa misma esclarecida visión la que hizo recaer la lluvia tardía sobre los discípulos, reunidos en el aposento alto. Refiriéndose al propósito del mensaje de la justicia por la fe que le fué concedido a este pueblo en 1888, la mensajera del Señor advierte y explica:

"Muchos han perdido de vista a Jesús. Necesitan fijar los ojos en su persona divina, en sus méritos y en su invariable amor por la familia humana. Toda potestad poseen sus manos para dispensar ricos dones a los hombres, para impartir al impotente agente humano el don inapreciable de su propia justicia. Este es el mensaje que Dios ordenó dar al mundo. Es el mensaje del tercer ángel, que deberá proclamarse en alta voz y será

acompañado por el derramamiento de su Espíritu en amplia medida. . . . Debe presentarse a la gente la virtud de la sangre de Cristo con exaltación y fuerza, para que su fe pueda descansar en sus méritos. Así como el sumo sacerdote rociaba la sangre caliente sobre el propiciatorio, mientras ascendía hasta Dios la fragante nube de incienso, al confesar nuestros pecados e implorar la virtud de la sangre expiatoria de Cristo, nuestras oraciones ascenderán al cielo perfumadas con los méritos del carácter de nuestro Salvador. . . . Los creyentes aplican a sus corazones la sangre del inmaculado Cordero de Dios. Mirando al gran Antetipo, podemos decir: 'Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, quien además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.' El Sol de justicia ilumina nuestros corazones para hacernos conocer la gloria de Jesucristo."—*Testimonies to Ministers*, págs. 92-95.

Otra evidencia de que la exaltación de Cristo y su crucifixión marcarán el principio de una nueva y triunfante etapa en la historia de este movimiento, la constituye el hecho de que tal exaltación fué el punto decisivo de la permanencia de Israel en el desierto, mientras viajaba de Egipto a Canaán. Israel inició a partir de entonces una marcha victoriosa desde el desierto infestado de serpientes hasta las riberas del Jordán. Que las cosas ocurridas al antiguo Israel simbolizaban lo que ocurriría con el Israel moderno se desprende de 1 Corintios 10: 1-11 y de muchas declaraciones del espíritu de profecía, de las que ofrecemos algunos ejemplos:

"Seguis la senda del antiguo Israel." "El Israel moderno sigue fielmente sus huellas." "Repetimos la historia de ese pueblo."—*Testimonies*, tomo 5, págs. 75, 76, 94, 160.

"La historia de la vida de Israel en el desierto fué escrita para beneficio del Israel de Dios hasta el fin del tiempo. El registro de cómo trató Dios a los peregrinos en todas sus idas y venidas por el desierto, en su exposición al hambre, a la sed y al cansancio, y en las destacadas manifestaciones de su poder para aliviarlos, está lleno de advertencias e instrucciones para su pueblo de todas las edades. Las variadas experiencias de los hebreos fueron una escuela de preparación para su prometido hogar en Canaán. Dios quiere que su pueblo de estos días repase con corazón humilde y espíritu dócil las pruebas a través de las cuales el Israel antiguo tuvo que pasar, para que le ayuden en su preparación para la Canaán celestial."—*El Origen y el Destino*, pág. 305.

Se nos refiere que, al rodear la tierra de Edom, "abatióse el ánimo del pueblo por el camino." Ello fué causa de murmuraciones y críticas, especialmente contra el conductor, y "Jehová envió entre el pueblo serpientes ardientes, que mordían al pueblo; y murió mucho pueblo de Israel." Como resultado, la gente reconoció su pecado y pidió que se orase por ella. Luego de orar, Moisés recibió instrucción del Señor de hacer una serpiente ardiente de metal y levantarla en un asta en medio del campamento, para que "cualquiera que fuere mordido y mirare a ella" pudiese vivir. Jesús dijo que la serpiente levantada le simbolizaba a él en la cruz del Calvario: "Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado; para que todo aquel que en él creyere, no se pierda, sino que tenga vida eterna." (Juan 3: 14, 15.) La serpiente era símbolo del pecado y Cristo vino "en semejanza de carne de pecado." Fué hecho "pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él." (2 Cor. 5: 21.) Vino "en semejanza de carne de pecado" para destruir al autor del pecado y la muerte y "librar a los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos a servidumbre." (Heb. 2: 15.)

El anuncio del remedio al antiguo Israel fué alegre nueva para las víctimas impotentes:

"La buena noticia resonó por todo el campamento, para que todos aquellos que habían sido mordidos mirasen a la serpiente de bronce y se salvaran. Muchos habían muerto y cuando Moisés levantó la serpiente en el asta, hubo quienes no creyeron que con sólo contemplar esa imagen de metal podían sanarse; los tales perecieron en su incredulidad. Pero hubo muchos que creyeron en lo que Dios había provisto. . . . No podían librarse por sí mismos del efecto mortal del veneno.

Sólo Dios podía curarlos. Pero era necesario que ejercitasen la fe en el recurso divino. Para vivir, debían mirar. Era su fe lo que Dios aceptaba; y al mirar la serpiente mostraban fe. Sabían que la serpiente no poseía virtud alguna, pero era símbolo de Cristo; y así se les expuso la necesidad de confiar en los méritos del Salvador. . . . Esa mirada requería fe. Vivieron porque creyeron en la palabra de Dios y confiaron en los medios provistos para su curación."—*Patriarchs and Prophets*, págs. 430, 431.

Los resultados de esta visión de Cristo en la cruz se describen en Números 21: 10-35 y Deuteronomio 2: 17 a 3: 17. Los israelitas no se desanimaron ya por el camino, sino que, llenos de fe, esperanza y valor, "partieron" alegres y esperanzados. De los gigantes y las fortalezas inexpugnables les dijo el Señor: "No temáis, ni tengáis miedo de ellos. Jehová vuestro Dios . . . peleará por vosotros."

"Lleno de esperanza y de valor, el ejército de Israel continuó su camino, viajando aún hacia el norte. Pronto llegó a una tierra donde pudo probar su coraje y su fe en Dios. Tenía ante él al fuerte y populoso reino de Basán, sembrado de grandes ciudades de piedra que excitaban a la admiración del mundo. . . . Los habitantes de esta tierra, descendientes de una raza de gigantes, eran de talla y fuerza maravillosas, y tanto se destacaban por su violencia y crueldad que constituían el terror de las naciones circundantes. . . . Los corazones de muchos israelitas temblaron de miedo. Pero Moisés se mantenía tranquilo y decidido. . . . La tranquila fe de su jefe inspiró al pueblo confianza en Dios. Lo confió todo a su brazo omnipotente, y él no lo defraudó. Ni los forzudos gigantes, ni las ciudades fortificadas; ni los ejércitos armados, ni las fortalezas de piedra eran obstáculo para el Capitán de la hueste del Señor. El Señor mandó el ejército; el Señor desconcertó al enemigo; el Señor venció en favor de Israel."—*Id.*, págs. 435, 436.

Satanás realizó un último esfuerzo por detener la marcha triunfante del movimiento del éxodo hacia las riberas del Jordán, por medio del apóstata Balaam. Este falso profeta, inducido por su amor a la riqueza y el prestigio, intentó maldecir a Israel aprendiendo, para su disgusto, que no podía maldecir "al que Dios no maldijo," ni "execrar al que Jehová no ha execrado." Su maldición se convirtió en bendición. El profeta apóstata se esforzaba por señalar los defectos de Israel, pero el gran Jefe invisible del movimiento no había visto "iniquidad en Jacob" ni "perversidad en Israel." Dios estaba con ellos y júbilo de rey se evidenciaba en su medio.

Este caso es típico de lo que ocurrirá al movimiento adventista antes del fin, cuando ciertos movimientos apóstatas, y organizaciones que surgirán del mismo movimiento adventista, procurarán detener el progreso de la obra de Dios maldiciendo a la denominación y sus dirigentes. Sus críticas se convertirán en bendiciones cuando el Señor extienda su mano para terminar la obra y acortarla en justicia. Los redobladamente esfuerzos de estos representantes del antiguo Balaam constituyen otra evidencia de que el pueblo adventista se aproxima al final de su viaje hacia la Canaán celestial. Nuestra gran necesidad actual es una visión del sacrificio expiatorio de Cristo en la cruz del Calvario, con su lluvia tardía y su clamor acompañantes.

Un cuidadoso estudio de los paralelos que existen entre el antiguo y el moderno Israel revela la proximidad del fin. Quienes viven en contacto con el pueblo y conocen su condición espiritual saben que muchos se desaniman "por el camino," y caen y abandonan su confianza en la venida de Cristo y en el movimiento adventista y sus dirigentes. Esta situación cambiaría pronto mediante una visión de Cristo y su sacrificio expiatorio como único remedio para el pecado. La siguiente instrucción es digna de nuestra más cuidadosa consideración y oración:

"No intentéis atraer la atención de la gente hacia vosotros. Dejad que se pierda de vista el instrumento, cuando exaltáis a Jesús. Hablad de Jesús; confundíos en él. Se hace mucho ruido con nuestra religión, al par que se olvida el Calvario y la cruz."

(Continúa en la página 31)



E VANGELISMO

Esfuerzos Públicos en Pequeña Escala

DANIEL WEBSTER, muchos años ha expresó el pensamiento que seguidamente consignamos:

“Si el poder del Evangelio no es sentido a lo ancho y a lo largo de la tierra, la anarquía y el desorden, la degradación y la miseria, la corrupción y la oscuridad reinarán por doquiera sin paliativo ni fin.”

¡Cuánta verdad encierran las palabras precedentes! La razón de las guerras “frías,” “tibias” y “calientes” actualmente tan en boga reside en el hecho de que los hombres se han rebelado contra Dios y sus mandamientos.

Lo que el mundo necesita en esta época en que todas las fuerzas morales y espirituales se están desmoronando es el evangelismo en todas sus formas. La sierva del Señor dice:

“La obra evangélica, la tarea de abrir las escrituras a otros, el amonestar a hombres y mujeres acerca de lo que sobrevendrá al mundo, ha de ocupar más y más el tiempo de los siervos de Dios.”—“*Evangelismo*,” pág. 16.

En esta hora decisiva de la historia, cuando está por cumplirse la promesa de la segunda venida de Cristo, la proclamación del Evangelio a un mundo que no conoce la solución de sus problemas debe ser la primera tarea, el primer deber de cada pastor adventista.

Considerando la predicación del Evangelio como una guerra dirigida contra el mal, el apóstol Pablo afirma:

“Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas; destruyendo consejos, y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y cautivando todo intento a la obediencia de Cristo.” (2 Cor. 10: 4, 5.)

El ministro que se apropia el poder de Dios puede arrebatar las almas del pecado y llevarlas a la obediencia de la verdad. Además, un alma que se gana para Cristo puede marcar un punto decisivo en la propia vida del pastor y también en la de su iglesia. La Hna. White declara para nuestra orientación:

“Han de organizarse iglesias y elaborarse planes de trabajo para que los lleven a cabo los miembros de las iglesias recién constituidas. Esta obra misionera evangélica ha de continuar expandiéndose, anexando nuevos territorios, y

ampliando las porciones cultivadas de la viña. El círculo ha de ensancharse hasta circuir el mundo.”—“*Evangelismo*,” pág. 18.

Cada pastor que tenga a su cargo una iglesia grande o un distrito podrá celebrar un esfuerzo público en armonía con los recursos disponibles y contando con la ayuda de los miembros, para dar así cumplimiento al mandato divino de anexar nuevos territorios y organizar nuevas iglesias.

ESTUDIO DEL TERRITORIO

A fin de poder llevar este plan a la práctica, el pastor deberá en primer término estudiar su distrito y luego elegir el punto en que haya mayor número de posibles interesados, pues allí es donde le conviene celebrar el ciclo de conferencias. Al acometer obra pública debe darse preferencia a los lugares que ofrecen mayores probabilidades de buen éxito.

Dios quiere que se siga esta línea de conducta en la elección de la población o barrio para las conferencias públicas. Pero resulta descorazonador notar que a veces son excesivamente dejados de lado aquellos lugares donde sería casi segura una buena cosecha de almas, para dirigirse a otra parte que no promete casi nada.

EL SALON DE CONFERENCIAS

Decidido el lugar, se debe proceder a la búsqueda de un salón adecuado. Este debiera ser presentable y gozar de buena reputación pues el público culto nunca asistirá a un salón donde se celebran bailes de dudosa moralidad en los días que no se dictan conferencias.

También deben rehuirse los salones usados por los partidos políticos para no correr el riesgo de ser identificados con ellos.

Por otra parte no debe alquilarse un salón demasiado grande si se desea que todo el público pueda recibir amplia atención en forma de visitas y estudios bíblicos.

Si no se consigue un salón apropiado, podrá alquilarse una casa cuya construcción sea tal que derribando dos o tres paredes se pueda obtener una buena sala para conferencias. En tal caso deberá especificarse en el contrato de alquiler que al vencimiento del plazo respectivo la casa será devuelta en las condiciones en que fué recibida.

LABOR DE LOS COLPORTORES EN RELACION CON EL ESFUERZO

La experiencia ha demostrado vez tras vez que si el pastor de iglesia o de distrito en trance de celebrar un esfuerzo público en un lugar determinado hace arreglos con el director de colportaje del campo local para que envíe dos o tres buenos colportores consagrados, de buena apariencia, que sientan pasión por las almas y tengan espíritu de perseverancia en el trabajo, con la misión de preparar el terreno con la página impresa, tiene prácticamente asegurado el éxito de las conferencias.

Los colportores deberán empezar su actividad con unos dos meses de anticipación al comienzo del esfuerzo y hacer las entregas un mes antes de su iniciación. Deberán anotar cuidadosamente el nombre y la dirección de todos los que hayan comprado libros, haciendo mención especial de las personas que hayan mostrado interés en el Evangelio, y enviar esta lista al pastor. De esta manera, cuando empiece el esfuerzo—es decir cuatro semanas más tarde—se les podrán enviar a esas personas invitaciones especiales.

Con esta medida se consigue encauzar el interés despertado por los colportores, evitando que sea desviado hacia alguna de las sectas evangélicas. Más adelante, durante el transcurso de las conferencias será necesario visitar esos interesados en orden a establecer contacto directo con ellos. Solamente así podrán cosecharse los frutos del trabajo de los fieles colportores.

COLABORADORES DEL PASTOR EVANGELISTA

Declara la sierva del Señor que en la obra evangélica nadie debe trabajar solo. Tal vez el pastor pueda conseguir que el campo local envíe un obrero que lo acompañe a lo menos durante los tres primeros meses del esfuerzo, o quizá pueda obtener la colaboración de una obrera bíblica por un tiempo que varíe entre seis y nueve meses.

Si ni el campo local puede cooperar en este sentido por falta de recursos ni el pastor cuenta con la ayuda de una obrera bíblica, siempre le queda a este último el recurso de escoger entre los miembros de su iglesia colaboradores que actúen como ujieres o distribuidores de publicaciones o bien como auxiliares en las clases bíblicas y—¿por qué no?—aun dando estudios en los hogares.

Conviene tener presente lo que sigue en la elección de estos colaboradores: que sean personas responsables, que tengan una personalidad agradable y sean perseverantes. Así podrán ayudar al pastor hasta el fin del esfuerzo. Ninguna iglesia carece de este elemento dispuesto a apoyar en las conferencias a un pastor resuelto a salir en busca de las ovejas perdidas.

Es necesario que el evangelista tenga reuniones semanales con sus colaboradores voluntarios,

empezando a hacerlo por lo menos dos meses antes de iniciarse el esfuerzo, con el propósito de habilitarlos para las actividades que han de desarrollar, a fin de que cuando se dé comienzo a las conferencias puedan desplegar una labor inteligente en favor de las almas.

LA MUSICA Y EL CANTO EN EL ESFUERZO EVANGELICO

A veces es difícil conseguir un coro cuyos miembros puedan asistir noche tras noche a las reuniones, pero nunca faltará un grupo de hermanos que puedan formar dúos, cuartetos y tríos, y hasta se podrá conseguir algún solista.

Si los que integran este grupo no disponen de medios para pagar sus gastos de viaje—en caso de que las conferencias se celebren en algún punto alejado del distrito—la hermandad deberá proveer a solventar el importe de ellos.

Conviene que los que cooperen en los cantos realicen una práctica semanal que podrán iniciar con unos dos meses de anticipación para evitar los apremios de último momento.

Es recomendable además averiguar quiénes son los miembros que saben tocar algún instrumento a efectos de alternar los cantos con música instrumental. Sería superfluo insistir en la necesidad de disponer de una buena pianista.

Donde fuese absolutamente imposible contar con aporte de música instrumental o vocal, en última instancia se podrá hacer uso de un tocadiscos conectado a un altoparlante para la transmisión de música clásica solemne y cantos religiosos. Pero es preferible no recurrir a la música mecánica dado que no llega al corazón del público en la misma medida que la vocal o instrumental.

En caso de no tener un tocadiscos, se pueden celebrar las conferencias sin música alguna, lo cual no influirá mayormente en el ánimo de la asistencia siempre y cuando el orador presente su mensaje en forma cautivante y persuasiva bajo la dirección del Espíritu Santo.

LAS PUBLICACIONES Y EL ESFUERZO

El pastor caerá en la cuenta de que cuanto mayor sea el número de las publicaciones vendidas u obsequiadas durante el esfuerzo, tanto más abundante será la cosecha y mejor la preparación de los que acepten la verdad. No se puede realizar campaña evangélica alguna sin asignar a nuestros buenos libros y revistas el lugar que les corresponde. Uno de los factores que contribuyen al éxito en las conferencias consiste en que antes de iniciarse el ciclo ya estén pedidas todas las publicaciones, y que se las tenga a mano y bien clasificadas para cuando se las necesite. Con esto se evitan la nerviosidad y recriminaciones que se producen a último momento.

Las publicaciones deben sin falta comprender:

1. Un buen número de ejemplares de las Sagradas Escrituras para ofrecer en venta durante el esfuerzo. Conviene tener unos pocos encuadernados en cuero por si alguien desea uno de mejor calidad.

2. Una cantidad considerable de los folletos titulados *Mensajes de Esperanza*, precioso auxiliar de los evangelistas, que podrán ir distribuyéndose entre el público una vez conseguidas las direcciones y a medida que se vayan predicando los temas sucesivos del mensaje. Es aconsejable tener en existencia de cada uno de los números de dicha publicación un conjunto no inferior al de las direcciones que el pastor piensa obtener.

3. Un stock suficiente de folletos que versen sobre los distintos puntos del mensaje, como también números atrasados de la revista *El Atalaya* o *El Centinela* que no contengan artículos sobre doctrinas aún no tratadas en las conferencias.

4. Una buena existencia de libros de poco volumen, como "El Camino a Cristo," y otros que desarrollen temas doctrinarios y de salud para ofrecer en venta en momento oportuno.

Si el orador desde el púlpito presenta con habilidad los libros, muchos los comprarán y leyéndolos en relación con las doctrinas expuestas, se afirmarán más en el mensaje.

No conviene ofrecer en venta las publicaciones hasta que no haya sido presentado el tema sobre la Biblia. Realizado lo último, arréglese un mostrador o mesita cerca de la entrada del salón o en otro lugar visible con varios ejemplares de las Sagradas Escrituras colocados en forma agradable a la vista, para que el público pueda hacer sus compras. A partir de esa fecha en cada reunión se deben tener volúmenes de la Biblia destinados a la venta.

Más adelante podrá agregarse alguna obra como la mencionada, que discorra sobre un tema ya presentado al público, y a medida que las conferencias sigan su curso se podrán ir añadiendo más libros a los que ya estén en exposición.

REUNIONES SEMANALES DEL ORADOR Y SUS COLABORADORES

Es muy conveniente que el pastor reúna una vez por semana a todos sus colaboradores. En estas ocasiones deben hallarse presentes: el ayudante del pastor, la instructora bíblica, los hermanos que están a cargo de la música, los encargados de la venta y distribución de las publicaciones, los acomodadores y los miembros del coro o cuarteto.

Unidos todos en un mismo propósito y anhelo, eleven fervientes oraciones al Altísimo pidiéndole ayuda para alcanzar y sobrepasar el blanco de almas. Además el pastor, como hombre comprensivo, agradezca la colaboración de cada uno pues así los impulsará a realizar un trabajo aun mejor y contribuirá a mantener en alto la moral del grupo.

Es asimismo necesario que explique ante el conjunto los planes a desarrollar durante la semana y que les haga sentir cuál es la medida de colaboración que espera. El evangelista deberá aprovechar estas reuniones para distribuir las direcciones de los interesados, asignando las visitas y los estudios de la semana. De hacerlo, habrá armonía en el grupo y se podrá llevar a cabo una labor más inteligente y por lo tanto más eficaz.

LA CLASE BIBLICA SEMANAL

A partir de la tercera semana conviene que el pastor-evangelista organice una clase bíblica e invite al público a asistir. Así éste podrá ir familiarizándose con el manejo de las Sagradas Escrituras.

Sugerimos que los primeros 20 minutos de cada una de estas clases se dediquen a la enseñanza del manejo de la Biblia. Y agregaremos que es bueno comenzar por el Nuevo Testamento y tomar en cada clase cuatro libros del mismo, considerando el nombre y la personalidad del autor, el año aproximado en que fueron escritos y el pensamiento central de cada uno. Es recomendable pedir al público que aprenda de memoria el orden de los libros de la Biblia a medida que son presentados en las clases. Explíquese que cada uno está subdividido en capítulos y éstos a su vez en versículos. Mucha gente no conoce estos datos y por orgullo o timidez no pide explicaciones. Si el pastor va obviando las dificultades, el público estudiará con más gusto la Palabra de Dios.

Los cuarenta minutos restantes se usarán para el estudio bíblico propiamente dicho.

Es muy importante que en estas clases los colaboradores del pastor-evangelista estén estratégicamente ubicados entre el público para ayudar a los presentes a encontrar los versículos demandados por el estudio, de manera que cada uno pueda leerlos en su propia Biblia. Pídase que toda la clase lea en voz alta el texto clave del estudio, pues esta práctica ayudará a imprimir más profundamente la verdad en la mente y el corazón de los interesados.

LA ORACION Y EL ESFUERZO PUBLICO

Antes de abrir al público las puertas del salón, es menester que el pastor-evangelista y sus colaboradores realicen una ferviente reunión de oración con el propósito de pedir al Señor que bendiga a los que asistan a las conferencias, como también al orador, a fin de que le sea dado impartir el mensaje en forma clara, convincente y persuasiva.

Después de la conferencia téngase otra corta sesión de oración para pedir a Dios que por medio de su Santo Espíritu haga fructificar el mensaje predicado.

Además es muy conveniente invitar a todos los miembros de la iglesia a que oren tres veces por día en favor del blanco de almas. Los sá-

bados de mañana el pastor podrá recordarles el blanco y contarles algún incidente relacionado con el esfuerzo, lo cual tendrá la virtud de mantener ardiendo en todos la llama de la cooperación.

DURACION DEL ESFUERZO

La duración del esfuerzo propiamente dicho puede variar entre dos y tres meses, durante los cuales se deberán dictar de dos a tres conferencias semanales, en armonía con aquel viejo proverbio que dice: "Cuando el hierro está encendido, entonces ha de ser batido."

Además no hay que olvidarse de la clase bíblica semanal, que se comenzará a partir de la tercera semana.

Después de exponer la doctrina del sábado se pueden reducir las conferencias a una por

semana, aparte de la clase bíblica, y seguir así hasta fin de año.

Cada pastor, por pocos dones de orador que tenga, puede hacer algo en el campo del evangelismo en proporción con su fe en Dios y la confianza que tiene en sí mismo y sobre todo en el poder del Espíritu Santo, que suplirá todas las necesidades del que se pone sin reservas bajo su dirección.

Cuando el ministro de Dios quiere hacer algo por la salvación de las almas mediante "la locura de la predicación," siempre encontrará medios para llevar sus planes a la realización. ¡Qué se celebre mayor número de esfuerzos públicos pequeños! Por su medio se dará vida a muchas iglesias dormidas, se salvarán más almas y el mensaje triunfará más rápidamente, y ello significará que podremos ir antes a nuestro hogar eterno.—W. S.

EL EVANGELIO DE LA SALUD

No Comamos con Exceso

(Plática sobre Salud)

Por G. Edgecomb, F. Quarles y B. Wilkerson

I. Propósitos

1. Estimular la observancia de las leyes sanitarias naturales.
2. Propender a la regularidad en las comidas.
3. Contribuir a comprender la importancia de no sobrecargar el estómago.

II. Introducción

En un mundo plagado de enfermos se reconoce la salud como la mayor bendición temporal. Muchos ricos darían su fortuna por reconquistarla y tener un cuerpo sano. La enfermedad no hace acepción de personas; se cuela en el palacio tanto como en la choza.

Uno de los factores que contribuyen al incremento de la enfermedad y degeneración física es que la mayoría ha perdido de vista las leyes fundamentales del sano vivir, dadas por Dios. Se olvida el plan que el Señor trazó para el hombre en el principio. En esta época cuando la vida agitada y tensa sobrecarga nuestros cuerpos debiéramos readoptar las normas sanitarias que nos legó el Creador. El hombre es imagen de Dios; es propósito divino que desarrolle sus facultades físicas y mentales.

El plan que Dios tenía para el hombre se frustró cuando el hombre pecó y comenzó a vivir sólo para satisfacer los anhelos de los ojos y la carne.

Nadie que ame y obedezca a Dios hará nada que pueda manchar su cuerpo, templo donde mora el Espíritu. (1 Cor. 3: 16, 17.)

Palabras del apóstol Pablo: "Todo aquel que lucha, de todo se abstiene." (1 Cor. 9: 25.)

Se vigila la vida del atleta en lo que respecta a la moderación en el ejercicio, el descanso, la alimentación y otras cosas. ¿Habéis pensado en lo importante que es la moderación en vuestra alimentación? La carrera para llegar a Dios y al cielo es infinitamente más importante que una carrera de pista. Si tanto cuidan los atletas su método de vida, ¡cuánto más debieran hacerlo los cristianos!

III. El régimen primitivo del hombre

Dios es el mejor dietista. Ya en el principio indicó al hombre, en una breve declaración, el régimen que mejor se avenía a sus necesidades físicas: "He aquí que os he dado toda hierba que da simiente, que está sobre la haz de toda la tierra; y todo árbol en que hay fruto de árbol que da simiente, seros ha para comer." (Gén. 1: 29.) El primitivo régimen indicado al hombre se componía de verduras, cereales, frutas y nueces, que constituyen los alimentos más adecuados para el sostén de la vida.

El templo del cuerpo ha de conservarse sin mancha. Debe guardárselo de todo aquello que

perjudica o profana lo que Dios ha creado y redimido. Al señalarnos nuestro régimen, Dios mostró su interés en nuestro cuerpo. Por medio de su siervo Pablo nos instruye de este modo: "Si pues coméis, o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios." (1 Cor. 10: 31.)

IV. Daños inherentes al exceso de alimentación

Hay personas conscientes que adoptan las leyes de la salud comiendo sólo lo que ha sido indicado, pero incurren en la grave falta de comer con exceso. Es éste un serio error, cuyos resultados podemos valorar a través de estos hechos:

1. Recarga el estómago, falta común, pero grave.

2. Abruma el organismo. Cuando se come demasiado, todo el cuerpo se recarga. La vitalidad decrece en vez de aumentar.

3. Embota la sensibilidad. El comer inmoderadamente, aun alimentos sanos, perjudica el organismo y nubla las facultades mentales y morales.

4. Acarrea preocupaciones innecesarias. En el deseo de agasajar con exceso a las visitas se crean preocupaciones y los invitados, a su vez, comen de más. Agrava este mal la costumbre de colocar los alimentos en la mesa, por etapas.

5. Debilita el dominio propio. La glotonería es un pecado grave. Son muchos los que dejan de dominar sus apetitos y halagan el paladar a expensas de la salud.

6. Produce efectos intoxicantes. La gula ejerce en el cuerpo los mismos efectos generales que la ebriedad. Se las tiene por gemelas y son igualmente graves. Nadie que comprenda su responsabilidad hacia Dios, permitirá que las tendencias animales gobiernen su razón.

7. Debilita el estómago y demás órganos digestivos. A veces el exceso de alimentación se experimenta de inmediato. En otros casos, sin sensación de dolor, los órganos digestivos pierden vitalidad y se minan así los cimientos de la fuerza física.

8. Dificulta la circulación de la sangre. El exceso de alimento recarga los órganos y produce estados patológicos y febriles. Al provocar una mayor afluencia de sangre al estómago, origina el enfriamiento de las extremidades. Recarga los órganos digestivos; una vez que éstos han cumplido su misión sobreviene una sensación de desmayo y languidez. Quienes acostumbran comer con exceso llaman hambre a esta sensación de "vacío;" pero la verdadera causa es la congestión de los órganos digestivos.

9. Provoca debilitamiento. El comer con exceso constituye la mayor causa de debilitamiento físico y mental y en ella tienen origen las debilidades de todo tipo.

10. Causa dispepsia. La digestión se hace difícil debido a que en el estómago recargado el jugo gástrico no puede actuar libremente sobre los alimentos.

11. Origina dificultades en la vida de relación. Los que padecen de dispepsia sufren trastornos mentales y físicos; y no sólo sufren ellos mismos sino también sus allegados. Los malos hábitos en el comer y el beber siempre afectan a los demás.

12. Produce somnolencia durante el día. El que come demasiado no sólo padece interiormente sino que sufre de modorra durante las conferencias y reuniones y padece de falta de memoria.

13. Estimula la falta de ejercicio y lleva a la muerte. Muchos que se quejan de sentirse enfermos no hacen suficiente ejercicio y comen demasiado. Por así decirlo, se están cavando la tumba con los dientes.

V. Consejos para remediar el mal

1. Para los empleados de vida sedentaria o trabajo mental.

Comer en cada ocasión sólo dos o tres clases de alimentos, los suficientes para satisfacer la necesidad fisiológica. Hacer ejercicio todos los días y comprobar si se recibe beneficio.

2. Para personas de trabajo físico activo.

Los que se ocupan en trabajo manual y corporal no necesitan cuidar tanto la cantidad y calidad de los alimentos como las personas de hábitos sedentarios. Sin embargo, disfrutarán de mejor salud si practican la moderación en el comer y el beber.

3. No todos pueden seguir el mismo régimen alimenticio.

Nadie puede sentar una regla fija en este asunto. Cada persona debiera ejercitar el raciocinio y la moderación y obrar en consecuencia. Porque toda transgresión de las leyes de la salud la paga en su cuerpo el pecador.

VI. Resumen

Préstese cuidadosa consideración y atención al estómago. No ha de estar de continuo en acción. Después que ha cumplido su función con una comida, no se lo haga trabajar nuevamente hasta que la naturaleza haya provisto el jugo gástrico necesario para nuevo alimento. Entre comidas debieran transcurrir cinco horas por lo menos.

BIBLIOGRAFIA

Our Changing World, 1932, Pacific Press, Mountain View, California.

"La Educación"

"Counsels on Diet and Foods"

"Counsels on Health"

"Obreros Evangélicos"

"El Ministerio de Curación"

"Testimonies," tomo 2, 3, 4, 6 y 7.

"Testimonios Selectos," tomos 3 y 5.



O BRA PASTORAL

Los Sermones de los Cultos Sabáticos — II

EL ESPIRITU DE PROFECIA se refiere en estos términos a nuestra responsabilidad hacia los servicios religiosos del sábado:

“Cada uno debiera sentir que tiene una parte que desempeñar en la obra de conseguir que las reuniones del sábado sean interesantes. No recibimos ni la centésima parte de las bendiciones que debiéramos obtener al congregarnos para adorar a Dios. A todas las reuniones religiosas debemos asistir con nuestra percepción espiritual alerta y con plena conciencia de que Dios y sus ángeles están allí, cooperando con todos los verdaderos adoradores.”—*“Testimonies,”* tomo 6, pág. 362.

En la primera parte de este artículo que vió la luz en el número anterior, mencionamos varios factores que el ministro de Dios debe considerar para que el Señor pueda centuplicar las bendiciones de los cultos sabáticos.

En esta segunda parte hacemos referencia a otros factores que, si son tenidos en cuenta, contribuirán a que los verdaderos adoradores reciban esa gran medida de las bendiciones del Señor en los cultos de su día santo.

PREPARACION DE LOS ADORADORES

Se debiera enseñar a los fieles que durante la semana tengan presente el culto del próximo sábado y que oren por él como también porque el Señor los guarde con corazones puros. Así, cuando acudan al templo en compañía de sus familias, lo harán con reverencia, conscientes de encontrarse en la presencia de Dios y en la seguridad de recibir bendiciones, consuelo y ánimo para continuar en la lucha cristiana.

Con el fin de realzar la solemnidad del culto cada miembro—aun los niños—debe vestir su mejor ropa para entrar en la casa de Dios. Pero, ¡cuidado! No por eso ha de caerse en ostentación mundana, que es idolatría.

Las siguientes palabras de la sierva del Señor deberían movernos a meditación:

“El gusto moral de los adoradores en el santo templo de Dios debe ser elevado, refinado y santificado. Este asunto ha sido tristemente descuidado. Su importancia ha sido pasada por alto, y como resultado han prevalecido el desorden y la irreverencia y Dios ha sido deshonrado.”—*“Testimonios Selectos,”* tomo 4, pág. 151.

Inculquen los padres en el ánimo de sus hijos amor y respeto por los cultos. Veamos lo que la inspiración declara a este respecto:

“Casi todos necesitan que se les enseñe a conducirse en la casa de Dios. Los padres no deben sólo enseñar, sino ordenar a sus hijos que entren en el santuario con seriedad y reverencia.”—*Ibid.*

Todos los padres deberían enseñar a sus hijos a comportarse con reverencia en los cultos. Si esto fuera practicado cada mañana y cada tarde en los cultos matutinos y vespertinos del hogar, se vería reflejado en las reuniones de la iglesia. Pero hay otra manera como los padres pueden contribuir a que sus hijos se comporten reverentemente en la casa de Dios y es hablándoles de ello antes de ir al culto, haciéndoles ver que al Señor le agrada que se le adore con reverencia como expresión de agradecimiento por los buenos padres, la vida, el alimento, el vestido y demás.

Es verdad que en nuestras iglesias hay muchos niños pequeños que por su corta edad aún no saben portarse debidamente en la casa de Dios. Para evitar que perturben los cultos cada iglesia debería adoptar ciertas medidas de seguridad. Sería bueno que en el fondo de todo salón de cultos se construya una habitación especial dedicada a las madres que tengan hijos pequeños. La pared de esta habitación, que daría a la plataforma, debería ser de vidrio doble, mediando entre las láminas un espacio de unos 5 cms., o bien de un solo vidrio, bien grueso. Colocando un altoparlante en esta habitación, las madres podrían escuchar todo el sermón y presenciar el culto a través de la pared de vidrio, sin que los inocentes corderitos del baño molesten a la congregación.

EL ARREGLO DEL TEMPLO Y SU EFECTO SOBRE EL CULTO DE ADORACION

Se ha comprobado que aunque el recinto de cultos sea sencillo si está bien limpio y debidamente arreglado en armonía con la enseñanza de que Dios realmente está allí presente con su Santo Espíritu, los miembros tendrán mayor respeto por la casa de Dios. Esta debe ser un lugar donde pueda respirarse la misma atmósfera de la visión que tuvo Isaías, donde los adoradores puedan percibir la voz de los serafines que dicen: “Santo, santo, santo.” (Isa. 6:

3.) Si el ámbito de la iglesia en vez de tener el aspecto de tal más bien parece un salón de actos o un aula de clases, no hay que extrañarse de que los miembros pierdan muchas de las bendiciones que Dios quiere impartirles.

Algo que contribuye a la solemnidad del culto es el decorado del recinto, que si bien corresponde que sea sencillo, debe no obstante predisponer el ánimo de los fieles al recogimiento. Para conseguir este efecto es importante la elección del color de las paredes y lo que en ella se fije, como asimismo el diseño de los bancos. Cuando éstos son reemplazados por sillas se produce la impresión de estar en un salón o club. Los bancos deberían tener un diseño gótico, o cualquier otro estilo apropiado que despierte sentimientos de reverencia en los concurrentes.

Los pasillos alfombrados constituyen otro factor que contribuye a aumentar la reverencia porque amortiguan el ruido de las pisadas de los que llegan tarde.

Pero sobre todo, la plataforma debería estar arreglada de tal manera que pudiera ser considerada por los adoradores como el lugar santísimo de la antigua dispensación.

El púlpito nunca debiera convertirse en depósito de objetos en desuso. Una buena alfombra y una linda decoración floral o de plantas en la plataforma contribuirán a suscitar el espíritu de reverencia que acerca la congregación al Altísimo.

Al construir las iglesias conviene dar al lugar destinado al culto una configuración arquitectónica tal que el sólo hecho de trasponer sus umbrales inspire reverencia, quietud y espíritu de adoración. A veces gastando una suma ínfima se puede conseguir este efecto, y la Hna. White dice que todo lo que se invierta en la casa de Dios para obtener estos resultados será dinero bien empleado.

LA MUSICA Y SUS EFECTOS SOBRE LOS ADORADORES

La experiencia ha demostrado que cuando los hermanos tienen una participación activa en el culto de adoración, regresan a sus hogares más reconfortados y con más celo para servir al Señor. La música instrumental y los cantos son las actividades más importantes en que los adoradores pueden tener participación directa.

Al estudiar la iglesia del Antiguo Testamento notamos que tanto el canto como la música instrumental tuvieron un papel muy importante en los cultos divinos. De esto dan testimonio muchos de los Salmos y también los libros 1º y 2º de las Crónicas.

No hay nada que eleve más el corazón humano a Dios que la música sagrada. He aquí el efecto que ella tuvo en oportunidad de la dedicación del templo de Salomón:

“Y los levitas cantores, todos los de Asaph, los de Hemán y los de Jeduthún, juntamente con sus hijos y sus hermanos, vestidos de lino fino,

estaban con címbalos y salterios y arpas al oriente del altar; y con ellos ciento veinte sacerdotes que tocaban trompetas: sonaban pues las trompetas, y cantaban con la voz todos a una, para alabar y confesar a Jehová; y cuando alzaban la voz con trompetas y címbalos e instrumentos de música, cuando alababan a Jehová diciendo: Porque es bueno, porque su misericordia es para siempre, la casa se llenó de una nube, la casa de Jehová. Y no podían los sacerdotes estar para ministrar, por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había henchido la casa de Dios.” (2 Crón. 6: 12-14.)

Leemos en 1 Crón. 16: 23-28: “Cantad a Jehová, toda la tierra, y anunciad de día en día su salud. Cantad entre las gentes su gloria, y en todos los pueblos sus maravillas. Porque grande es Jehová, y digno de ser grandemente loado, y de ser temido sobre todos los dioses. Porque todos los dioses de los pueblos son nada: mas Jehová hizo los cielos. Poderío y hermosura delante de él; fortaleza y alegría en su morada. Atribuid a Jehová, oh familias de los pueblos, atribuid a Jehová gloria y potencia.”

Si fomentáramos más los cantos: coros, cuartetos, dúos, etc. en nuestros cultos, los ojos de la fe verían cómo “la gloria de Jehová” ha henchido la casa de Dios, y ello redundaría en aumento de espiritualidad y de asistencia a los cultos. No tenemos prescrita ninguna liturgia para nuestros cultos sabáticos, pero cada iglesia puede dar un mayor énfasis a los preludios, doxologías, interludios y postludios.

Cuando Jorge F. Hændel, el gran compositor alemán, presentó su oratorio “El Mesías” en Dublín, alguien le preguntó cómo se había sentido al componer el coro “Aleluya” perteneciente al mismo. El artista replicó: “Creo que vi el cielo abierto delante de mí, y también al mismo Altísimo.”

Al hacerle un cumplido alguien en la misma ocasión, contestó con las palabras: “Me daría pena si sólo les hiciese pasar una hora agradable. Deseo conseguir que el público se eleve, que sea mejor.”

La entonación de los himnos constituye casi la única parte del culto en que la congregación tiene participación directa. Por eso es casi un pecado suprimir estrofas de los himnos a fin de que el orador tenga cinco minutos más para predicar. ¡Cántense todos las estrofas de los himnos y la grey será elevada a las alturas de la santidad!

LA LECTURA DE LA BIBLIA EN EL CULTO DE ADORACION

Al estudiar las prácticas de la iglesia del Antiguo Testamento encontramos que la lectura de las Escrituras era la parte más importante del culto. Sin embargo en nuestros días esta costumbre casi ha desaparecido de los cultos. La lectura de la Palabra de Dios debería ser revivida, pues no hay nada que produzca

mayores bendiciones para la congregación que unos pasajes escogidos de las Escrituras, leídos con reverencia, como si el mismo Señor estuviese pronunciando cada palabra.

La experiencia ha demostrado que muchas iglesias han mejorado su condición espiritual al tener lecturas dialogadas de las Escrituras, antes de la oración pastoral. En estas lecturas, los versículos impares pueden ser leídos por el pastor y los pares por la congregación. Al anunciar la lectura se deberá dar tiempo a los miembros para que busquen los pasajes respectivos. El ministro debe quedar quieto durante ese tiempo, y la organista puede tocar un brevísimo interludio. Conviene que haya dos o tres hermanos en el coro que hayan leído el texto muchas veces en sus casas durante la semana, para guiar a la congregación en la lectura.

En los tiempos de la dispensación judaica, cuando se leía la Palabra de Dios en las sinagogas, toda la congregación permanecía de pie en señal de reverencia, porque era Dios quien hablaba por su Palabra. Después de la lectura todos se sentaban, y aun el orador explicaba sentado las Escrituras.

Nuestro Señor Jesús siguió observando la misma costumbre. Cuando entró en la sinagoga de Nazaret, según San Lucas 4:16, "conforme a su costumbre, el día del sábado en la sinagoga se levantó a leer." Luego en los versículos 20 y 21 hallamos las palabras: "Y rollando el libro, lo dió al ministro, y sentóse . . . y comenzó a decirles: Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos."

Sería loable que cada sábado de mañana antes de la oración pastoral se leyera una porción de las Escrituras, con preferencia algo que tenga relación con el sermón. A veces se pueden leer las bienaventuranzas, un salmo o alguna porción del mismo que encierre un pensamiento completo, o la ley de Dios. Si esta última es presentada conviene que el ministro lea el primer mandamiento, la congregación el segundo, y así sucesivamente hasta terminar.

Recomendamos que cada mes o cada dos meses se lea la ley de Dios. Pero, para que ello sea provechoso y produzca espíritu de adoración y deseo de recibir bendiciones de Dios, el pastor debe ser capaz de leer los pasajes respectivos como lo hacían los ministros en tiempos de Nehemías y Esdras:

"Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura." (Neh. 8:8.) El versículo siguiente nos dice que la congregación quedó tan conmovida por la lectura que lloró.

Es recomendable que el pastor o el encargado de la lectura de la Sagrada Escritura lea los textos con oración de 20 a 50 veces durante la semana para que pueda descubrir su sentido y transmitir a la congregación en forma clara

lo que Dios quiere revelarles por ellos. Al leer la Santa Biblia es Dios mismo quien nos habla.

LAS ORACIONES Y SU INFLUENCIA SOBRE EL ORADOR

La forma de orar y el espíritu de las oraciones también tienen que ver con la medida de las bendiciones que la grey recibe.

La invocación debería concretarse a ser nada más que eso, en vez de transformarse en una oración que habla de todo.

La oración pastoral hecha de rodillas, debería limitarse en su contenido al propósito de la hora y las necesidades de la iglesia. Debería ser corta y no tener más de 1 minuto a 1 1/2 de duración, y a continuación toda la congregación podría repetir el Padrenuestro al unísono. Esto daría otra oportunidad a la grey de tomar parte activa en la adoración, lo que elevaría más su espíritu al Señor.

La oración final debe ser una bendición para los fieles que se retiran a sus hogares. Sin embargo, muchas veces sucede que esta oración se convierte en un pequeño sermón dirigido a Dios para darle cuenta de lo que se acaba de predicar, como si el Señor no hubiese estado presente para enterarse de todo lo que se dijo allí.

La Biblia está llena de oraciones que se prestan para el fin de culto. Tenemos por ejemplo la preciosa bendición que Dios mismo le enseñó a Moisés y que se encuentra en Números 6:24-26:

"Jehová te bendiga y te guarde: haga resplandecer Jehová su rostro sobre ti, y haya de ti misericordia: Jehová alce a ti su rostro, y ponga en ti paz." Amén.

A continuación van otros textos que se pueden usar a cambio del precedente para no repetir todos los sábados la misma bendición:

Rom. 16:27; 2 Cor. 13:13; Gál. 1:3-5; Efe. 6:23, 24; 1 Tes. 5:23, 28; Heb. 13:20, 21; 2 Juan 3.

Conviene que después de la bendición la congregación se siente para elevar una oración silenciosa, mientras el coro entona un himno adecuado de despedida.

LAS OFRENDAS Y EL CULTO DE ADORACION

El dar ofrendas es una parte importante del culto divino. Es un acto de agradecimiento a Dios y debería ser considerado como tal. Los diáconos deberían recoger la colecta de manera que la congregación se dé cuenta de que es una parte importante del culto y que acompañe con una oración silenciosa la entrega de las ofrendas.

En 1 Crónicas 16:29 leemos: "Tributad a Jehová la gloria debida a su nombre: traed ofrenda, y venid delante de él; postraos delante de Jehová en la hermosura de su santidad."

En este artículo no hemos tratado de describir una liturgia para los cultos sabáticos a seguir en todas las iglesias, sino sólo hemos dado algunas sugerencias que podrán ser adap-

LA SANTA CENA

El Significado de la Comunión

Por H. M. Tippet

(Redactor Adjunto de la *Review and Herald*)

“**M**AS la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu, y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.” (Juan 4: 23.)

La característica que distingue al hombre de las demás criaturas de la creación de Dios es su capacidad de rendir culto como expresión voluntaria.

Ni el animal más inteligente tiene un concepto de lo que el hombre llama realidad espiritual, porque no razona ni posee facultades imaginativas. Todas las luces significan más o menos lo mismo para él. No puede extasiarse en la noche estrellada ni exclamar como el salmista: “Los cielos cuentan la gloria de Dios.” Le resultan indiferentes la tormenta invernal y la gloria del estío. No ve en el cristal de nieve ni en las nervaduras de la hoja que “el Dios de lo infinito lo es también de lo infinitesimal.” Tampoco en el bosque, para él amparo en la tormenta y refugio contra los enemigos, descubre el antiquísimo santuario del Creador que in-

vita a sus criaturas a comulgar con él. El buey conoce la voz del amo, mas nada sabe del llamado del Espíritu de Dios.

Al animal, pues, le está vedada la facultad de tributar culto, en tanto que para el hombre, hecho a imagen de Dios y sólo un poco inferior a los ángeles, la capacidad de expresar a su Hacedor el amor que le pertenece, constituye uno de los más altos privilegios. Triste es observar sin embargo que millones de personas dejan de reconocer a Dios en sus manifestaciones y en sus obras. Cuanto más ignora el hombre este conocimiento de Dios y el privilegio de adorarle, más se aproxima al estado de la bestia. ¡Qué amonestación para el cristiano que deja de aprovechar toda oportunidad de culto, siempre tan ocupado en intereses inmediatos que posterga el momento de la comunión!

Cuando en nuestras reuniones pedimos que Dios nos visite corremos peligro de pensar que estamos en casa y que él es nuestro visitante. Nuestro privilegio consiste más bien en procurar su presencia permanente, porque él se complace en habitar en los corazones amantes que aceptan sus consejos. Un antiguo santo inglés acostumbraba decir, con referencia a las reuniones de culto: “Dios está en ellas mucho más que vosotros.” Quizá necesitemos repetirnos más a menudo la verdad de que nos habla el himno:

“Soy peregrino aquí,
no hallo do morar;
en áurea playa está
mi muy lejano hogar.”

Ciertamente, somos peregrinos y extranjeros en la tierra y, como nos lo recuerda el apóstol Pablo, “no tenemos aquí ciudad permanente.”

LA BREVEDAD DE LA VIDA

Nuestra reverencia hacia Dios y nuestra necesidad de él serían más profundas si pensáramos en la vida como algo menos permanente. Es triste estar comprometidos con bienes materiales o intereses mundanos al punto de olvidar que todo lo que poseemos, lo bello de que gozamos y el consuelo, la paz y todo lo que más queremos proceden de Dios. Nuestro sentido de lo eterno sería más real si dejásemos de considerar nuestra experiencia terrenal como una posesión a perpetuidad en la que Jesús es tan sólo huésped pasajero. Cuando nuestras almas

tadas por cada ministro y su junta de iglesia a las necesidades locales. Al hacerlo, se deberá tener presente que cada una de las partes del culto: las oraciones, el canto, la música, la lectura bíblica, el sermón, la ofrenda y la bendición final, forma parte integrante de él y sirve para elevar a Dios el espíritu de la grey y despertar en los presentes el deseo de confesar sus pecados y entregar sus vidas al Señor. En resumidas cuentas, todo el servicio debe tender a que la congregación reciba las bendiciones que Dios está deseoso de derramar y que le ayudarán a hacer frente con éxito a las luchas de la vida y a las tentaciones del enemigo de las almas.

Que Dios bendiga a todos los ministros en su estudio, trabajo y oración tendientes a conseguir que los cultos sabáticos sean cien veces más bendecidos que hasta ahora, según la promesa del Señor.

Nota.—Próximamente nos ocuparemos de cómo multiplicar las bendiciones de la reunión de oración.—*W. S.*

perciban los propósitos de Dios al crearnos y su amor al redimirnos, veremos que realmente él está en el mundo atrayendo a los hombres a sí por medio de Cristo en todas las circunstancias de la vida. Pero puesto que somos tan propensos a olvidar que vivimos en un mundo transitorio, y que tanto absorben nuestra atención y nuestras energías las cosas de la vida diaria, Jesús en su sabiduría estableció estos ritos que recuerdan su humildad en la vida y su humillación en la muerte, precio que pagó para conceder vida eterna al que cree.

Cada vez que se ofrece el vaso de comunión en la cena del Señor y que oímos pronunciar las palabras "Haced esto en memoria de mí," debemos comprender la *verdad* de que es un rito instituido para que no nos olvidemos de Cristo y no para que él se acuerde de nosotros. A los corazones atados a la tierra les resulta difícil entender la promesa: "No te desampararé, ni te dejaré." Por eso hemos de recurrir de tanto en tanto a este sencillo rito de la humildad y a estos sagrados emblemas de la comunión pues a través de ellos nuestra fe vacilante puede percibir claramente que "las cosas que se ven son temporales, mas las cosas que no se ven son eternas."

¿Por qué debe la humildad preceder a la comunión? ¿No será porque al participar de los emblemas del sacrificio de Cristo nos reconocemos pecadores y necesitados de la obra redentora en nuestros corazones? Pero una de las cosas más difíciles del mundo es confesar el pecado. Y serán incontables los millones de personas que perderán el reino por tener demasiado orgullo para confesarlos. Judas más que nadie necesitaba aprender esta lección de humildad y por eso fué el primero a quien Jesús lavó los pies. A este discípulo, el mejor dotado, que había traicionado al Señor vendiéndole a sus perseguidores y pugnaba en la cena por sentarse a la izquierda de Cristo porque se consideraba el primero, Jesús lo sirvió en primer lugar. Tan sublime condescendencia estuvo a punto de quebrantar el corazón de Judas. Casi le hizo confesar su pecado. Casi disipó su obstinado orgullo. Pero no quiso humillar su corazón y reconocer ante sus confiados compañeros su deslealtad para con el Maestro. ¿Cuál humildad recordamos al prepararnos para la cena de comunión? ¿la nuestra o la de Cristo? Sin que quepa duda, debiera ser la humildad de Aquel que declaró: "Yo soy entre vosotros como el que sirve."

LOS CUATRO CINTOS SIMBOLICOS

"Sabido Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba . . . tomando una toalla, ciñóse." (Juan 13:3, 4.) ¿Habéis notado la significación de los cuatro cintos de que se habla en las Escrituras? El cinto o cinturón era señal de disposición, de actividad. Al hombre

que no llevaba cinto se lo consideraba desnudo, sin preparación para cumplir su cometido. En los tiempos bíblicos los hombres vestían saco en señal de duelo, de pesar, de apremio o de arrepentimiento. Por intermedio de Jeremías aconsejó el Señor a Jerusalén: "Ciñete de saco, . . . hazte luto como por hijo único." (Jer. 6:26.) Durante el sitio de Samaria, frente al apuro en que se hallaba el pueblo, el rey de Israel rasgó sus vestiduras, mostrando el saco que cubría sus carnes bajo las ropas reales. El culto aceptable a Cristo ha de comenzar con el cinto de saco, símbolo de un corazón rendido y penitente.

Pero el cinto de cuero es igualmente significativo. Elías y Juan el Bautista usaban esa prenda. (2 Rey. 1:8; Mat. 3:4.) Como las pieles con que el Señor vistió a Adán después de su pecado, el cinturón de cuero sugería un sacrificio, con su consiguiente expiación por medio de la sangre. Significaba abnegación, dominio propio y sumisión. Era una protesta contra el lujo y el abandono a los placeres mundanos. Si el cinto de saco era confesión de necesidad, el de cuero significaba aceptación del remedio, reconocimiento de la redención por Cristo, de comunión con su Espíritu y de adhesión a sus propósitos.

El sumo sacerdote llevaba antiguamente cinto de lino como símbolo de su santo ministerio. A Aarón se le mandó que se ciñese con un cinto tal. (Lev. 16:4.) En la última cena con sus discípulos Jesús inauguró una nueva clase de sacerdocio: el sacerdocio del servicio humilde. Y al disponerse a lavar los pies de los discípulos se ciñó con una toalla de lino, símbolo sacerdotal de humildad y consagración. Creo que Dios desea que su última iglesia sea, por sobre todo lo demás, la iglesia del cinto de lino. Pero no podemos llevarlo de manera aceptable hasta que no hayamos usado el cinto de saco como señal de pesar por el pecado y el cinto de cuero como símbolo de fe en la gracia expiatoria de Cristo, que mueve a la abnegación y a portar la cruz.

La iglesia del cinto de lino, símbolo de servicio, será la que triunfará y obtendrá el cinto de oro de la victoria, aquel que Juan vió usar a Jesús en medio de los siete candeleros de oro. "Y me volví a ver la voz que hablaba conmigo: y vuelto, vi siete candeleros de oro: y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por los pechos con una cinta de oro." (Apoc. 1:12, 13.) Desaparecidos los símbolos de nuestra residencia en la tierra, ¡qué fraterna, qué divinamente gozosa será la eterna comunión con él, ceñidos con el dorado cinto de la victoria espiritual!

EL EJEMPLO INOLVIDABLE

No podemos llevar la corona de espinas de Cristo pero sí la corona de honor que pone

sobre la frente del creyente. No podemos usar su túnica sin costura pero sí las vestiduras de su justicia que nos concede como testigos suyos. Tampoco podemos calzar las sandalias con que recorrió los caminos de Palestina haciendo obras de misericordia, pero podemos calzar nuestros "pies con el apresto del Evangelio de paz." (Efe. 6: 15.) No podemos predicar buenas nuevas a los pobres con su elocuencia—puesto que "nunca ha hablado hombre así como este hombre;"—pero podemos testificar en el santuario, el hogar y la calle de las grandes cosas que ha hecho por nosotros.

Cada vez que compartimos los símbolos de su pasión, nuestro Señor se nos aproxima con sus hechos inolvidables. Nadie que haya estado bajo la maravillosa influencia de aquel día del Calvario podrá olvidarlo ya jamás, porque en todas las encrucijadas de la vida la figura del Hijo de Dios sufriendo sobre el símbolo romano de la vergüenza nos conmueve en los momentos cruciales.

La calidad del culto de un hombre no se mide pues ni por su inteligencia ni por su talento directivo ni por la frecuencia de sus oraciones o la elocuencia de su profesión. Ni siquiera por el volumen de las ofrendas o la eminencia del servicio. La bondad del culto rendido estriba más bien en la capacidad para creer. Para ser digno de la comunión con Dios cada hombre debe pasar por la prueba de su fe, que es el terreno de experimentación en el cual todos se dan cita.

¿Qué significa entonces participar indignamente del sacramento de la Santa Cena? ¿Quiere decir hacerlo con indiferencia o descuido para con el sublime significado de la fiesta? Sin duda se es indigno cuando se asiste de manera formal, como si se tratase de un deber gravoso. Se es también indigno cuando se participa sólo para ser visto de los hombres y en especial para ser alabado por concurrir regularmente y, asimismo, si se asiste sin considerar el perdón de Dios como un don inmerecido. Pero quizás el que más indignamente come en la mesa del Señor es aquel que, considerándose pecador, no fía en el abundante amor del Se-

ñor para perdonar. El tal, según las terribles palabras de la Escritura, es condenado por indigno. (Rom. 14: 23.)

LA VIDA SACRAMENTAL

Estas ceremonias de la casa del Señor invitan a meditar hondamente en lo que significa vivir la vida sacramental. Los candeleros y las cruces de oro, los paños de terciopelo y de lino fino para el altar, los vasos de plata y las mesas de madera de acacia constituyen una burla a Dios si el corazón que participa de la cena sacramental no abriga espíritu de reverencia. En la antigüedad Dios era celoso de sus altares, y presto sobrevénia el castigo a los hombres dedicados a su servicio que ofrecían en ellos fuego extraño. Y hoy exige igualmente que nadie profane sus ordenanzas por incredulidad o falta de fe.

En 2 Crónicas 20: 20 se expresa la norma para la verdadera vida sacramental: "Creed a Jehová vuestro Dios, y seréis seguros; creed a sus profetas, y seréis prosperados." Es significativa la fuerza de la primera frase. Es el mismo lenguaje empleado en Juan 3: 16: "Que todo aquel que en él cree, no se pierda." ¿No saldremos de ese culto decididos a vivir vidas que se adapten a las normas de sacrificio destinadas a quienes son candidatos a la traslación? Este es sin duda el ideal sacramental.

En lugar de monumentos de mármol y capillas adonde poder acudir desde largas distancias para admirarlos y entregarles nuestros votos, Dios ha hecho del pan y el vino, tan universalmente accesibles, sus emblemas recordatorios. En vez de exigir sacrificios costosos en prenda de nuestra fidelidad, ha provisto voluntariamente el Cordero muerto desde el principio del mundo. A cambio de un legado de cosas materiales de las cuales rendiremos cuenta, nos ha asignado una tarea en el mundo y nos ha hecho la promesa de conferirnos su poder para cumplirla. Estas son las cosas de las cuales desea que nos acordemos hoy. Y si oímos su amable voz que dice a nuestros corazones en esta hora de comunión: "Venid . . . todo está prevenido" y respondemos a la invitación a su fiesta, éste será un gran día en nuestra vida.

La Primera Celebración de los Ritos de la Casa del Señor

Por Roberto L. Odom

(Pastor en la Asoc. de Texas, EE. UU.)

¿OS IMAGINAIS claramente el cuadro de la primera celebración del rito de humildad según se registra en Juan 13? Hay quienes parecen pensar que fué así:

Jesús y sus discípulos llegaron al anochecer, los pies llenos de polvo, al aposento alto donde

habían de celebrar la cena de Pascua. Había allí preparados un cántaro de agua, un lebrillo y una toalla, pero no aparecía el sirviente que debía lavarles los pies. Ninguno de los doce, celosos y resentidos, que habían estado disputando cuál de ellos sería el mayor, se ofrecía

para el servil menester. La cena pascual estaba en la mesa, pero ellos esperaban, firmes en su orgullo, que les lavasen los pies. La situación se hacía embarazosa. Se quebró el suspenso cuando el Maestro se ciñó con la toalla, vertió agua en el lebrillo y les lavó los pies. Hecho esto, se sentaron todos a comer y Jesús inició una conversación con ellos.

No es ésta, sin embargo, la forma como presentan los hechos las Escrituras. Cristo y sus discípulos se sentaron, *con los pies sin lavar* y comieron la comida de Pascua, después de lo cual el Señor se levantó de la mesa y les lavó los pies. Nótese el pasaje siguiente:

“Cristo comió la Pascua con sus discípulos; luego se levantó de la mesa y les dijo: ‘En gran manera he deseado comer con vosotros esta pascua antes que padezca.’ Y realizó luego la humillante tarea de lavar los pies a los discípulos. . . .

“Jesús volvió a ocupar su lugar en la mesa, sobre la cual había pan y vino sin fermentar, todo lo cual había sido preparado por indicación de Cristo.”—“*Spirit of Prophecy*,” tomo 1, págs. 201-203.

Al remitirnos al relato de Juan, único escritor del Nuevo Testamento que describe el lavamiento de los pies, hallamos que en él se corrobora que esta ceremonia se realizó después de terminada una comida. La narración comienza con las palabras “Y la cena acabada,” hablándonos de que Judas ya había propuesto en su corazón traicionar al Salvador. (Juan 13: 2.) Luego “levántase [Jesús] de la cena, y quítase su ropa, y tomando una toalla, ciñóse.” (Vers. 4.) La cena que habían tomado y tras la cual el Señor se levantó para lavar los pies a los discípulos, era la cena de Pascua, según la Sra. de White.

“Después que [Jesús] les hubo lavado los pies, y tomado su ropa, *volviéndose a sentar a la mesa*, dijoles: ¿Sabéis lo que os he hecho?” (Vers. 12.) Jesús volvió a sentarse a la mesa después de lavarles los pies a los discípulos. Los escritos del espíritu de profecía lo confirman.

En el versículo 18 se nos dice que Cristo usó las palabras del salmista: “El que come pan conmigo, levantó contra mí su calcañar.” Esto demuestra que todos comieron juntos después que Jesús regresó a la mesa. Fué durante esta segunda comida cuando Cristo dió a Judas el pan mojado. (Vers. 26-30.) Ello sucedía mientras estaban “a la mesa.” (vers. 28.) Los otros escritores evangélicos testifican igualmente que mientras Jesús y sus discípulos comían, Judas recibió su porción. (Mat. 26: 21-23; Mar. 14: 18-20; Luc. 22: 21.)

De lo expuesto se desprende que el lavamiento de los pies de los discípulos ocurrió entre dos acercamientos a la mesa, vale decir, la cena de la Pascua y la Santa Cena.

En la primera celebración de la Santa Cena, según la representan comúnmente los artistas, Cristo y sus discípulos se reunieron en torno de una mesa larga y rectangular, casi de la misma manera como hoy se sienta a la mesa una familia. Pocas veces se ve una representación artística fiel de ese primer servicio de comunión según lo describe el espíritu de profecía. Notemos los detalles verdaderos:

“En ocasión de su liberación de Egipto, los hijos de Israel comieron la cena de Pascua de pie, con los lomos ceñidos, con el bordón en la mano, listos para el viaje. La manera en que celebraban este rito armonizaba con su condición; porque estaban por ser arrojados del país de Egipto, e iban a empezar un penoso y difícil viaje a través del desierto.

“Pero en el tiempo de Cristo, las condiciones habían cambiado. Ya no estaban por ser arrojados de un país extraño, sino que moraban en su propia tierra. En armonía con el reposo que les había sido dado, el pueblo tomaba entonces la cena pascual en posición recostada. Se colocaban canapés en derredor de la mesa, y los huéspedes descansaban en ellos, apoyándose en el brazo izquierdo, y teniendo la mano derecha libre para manejar la comida. En esta posición, un huésped podía poner la cabeza sobre el pecho del que seguía en orden hacia arriba. Y los pies, hallándose al extremo exterior del canapé, podían ser lavados por uno que pasase en derredor de la parte exterior del círculo.”—“*El Deseado de Todas las Gentes*,” pág. 592.

La expresión “ninguno de los que estaban a la mesa,” de Juan 13: 28, es en realidad una frase formada por un participio plural del verbo griego *anakeimai*, que significa: “de los que estaban recostados” o “de los que estaban reclinados.” El nombre griego que en Lucas 22: 21, 30 se traduce por “mesa” es *trapeza*, que significa simplemente una mesa para comer. El verbo griego traducido como “sentó” (Mat. 26: 20), “sentaron” (Mar. 14: 18) y “sienta” (Luc. 22: 27) es también *anakeimai* (estar recostado, reclinado). La palabra “sentóse,” de Lucas 22: 14, está traducida de *anapipto* (echarse hacia atrás, como uno hace para adoptar una posición reclinada).

De ahí que las Escrituras digan que “uno de sus discípulos, . . . estaba recostado en el seno de Jesús.” (Juan 13: 23, 25.) Ese era el discípulo amado, Juan. Al respecto leemos:

“Cuando los discípulos entraron en el aposento alto, sus corazones estaban llenos de resentimiento. Judas se mantenía al lado de Cristo, a la izquierda; Juan estaba a la derecha. Si había un puesto más alto que los otros, Judas estaba resuelto a obtenerlo, y se pensaba que este puesto era al lado de Cristo. . . . Judas, al elegir su puesto en la mesa, había tratado de colocarse en primer lugar, y Cristo,

como siervo, le sirvió a él primero. Juan, hacia quien Judas había tenido tan amargos sentimientos, fué dejado hasta lo último. Pero Juan no lo consideró como una reprobación o desprecio.”—*Id.*, págs. 584, 585.

Algunos de estos detalles son importantes y una correcta representación mental de este primer servicio nos ayudará a comprender mejor su significado, para explicarlo a los hermanos de manera que sean más bendecidos.

Un Servicio de Comunión Bien Planeado

Himno de apertura.

Oración.

Selección musical o himno (sentados).

Sermón o lectura.

Separación para el rito de preparación.

Regreso al salón con música de órgano.

LA CENA DEL SEÑOR

* Entran y se sientan los ancianos, diáconos y diaconisas.

Himno.

* Las diaconisas descubren la mesa.

Lectura de las Escrituras.

Los ancianos se ponen de pie: oración para consagrar el pan.

* Los ancianos quiebran el pan.

* Los diáconos se ponen de pie, reciben y pasan las bandejas.

* Los ancianos se ponen de pie y reciben las bandejas.

* Los ancianos y diáconos se sientan: todos participan al mismo tiempo.

Lectura de las Escrituras.

Los ancianos se ponen de pie: oración para consagrar el vino.

* Los diáconos se ponen de pie, reciben y pasan las bandejas.

* Los ancianos se ponen de pie y reciben las bandejas.

* Los ancianos y los diáconos se sientan: todos participan al mismo tiempo.

* Los ancianos y diáconos se ponen de pie.

* Los diáconos reciben las bandejas y recogen los vasos.

* Los ancianos se ponen de pie y reciben las bandejas.

* Los ancianos y diáconos se sientan.

* Las diaconisas cubren la mesa.

Himno de clausura.

La congregación se sienta: oración en silencio.

* Salen los oficiales.

* Salen los miembros.

* *Música de órgano en los lugares indicados.*

—Adaptado de Taylor G. Bunch.

El Pan de la Comunión: Un Símbolo Perfecto

Por Roy A. Anderson

LEGAN hasta nosotros muchos pedidos de fórmulas para la preparación de pan para la comunión; nos alegramos de poder proporcionar una ya probada. El pan de la comunión es simbólico; sus ingredientes por tanto en lo posible han de ser los más adecuados, como símbolo que son del cuerpo del Señor. Esta fórmula requiere el uso de harina integral. La harina blanca corriente se prepara por un procedimiento que destruye en gran parte los originales elementos vivificantes, lo cual podría representar un Evangelio desnaturalizado o desvitalizado. Es necesario el trigo entero para representar a un Salvador perfecto. Hay fórmulas que indican el uso de crema o leche; la nuestra requiere aceite de oliva, que conviene procurar siempre que pueda obtenerse. Le cabe un lugar definido en este pan simbólico, por ser símbolo del Espíritu Santo. En el antiguo ceremonial hebreo ocupaban lugar prominente el agua y la sal en las ofrendas

de sacrificio y Jesús las mencionó simbólicamente. Tan sólo los ingredientes que hemos nombrado entran en esta preparación: Una taza de harina cernida (con preferencia, integral), un cuarto de cucharadita de sal, dos cucharadas de agua fría, un cuarto de taza de aceite de oliva u otro aceite vegetal. Ciérranse juntas la harina y la sal. Unase el agua al aceite, sin agitar. Añádase esto a los ingredientes secos, mezclando con un tenedor hasta que se humedezca toda la harina. Estírese entre dos hojas de papel enmantecado, hasta que adquiera el espesor de una masa para pastel. Colóquese en una asadera engrasada y enharinada, marcando con un cuchillo filoso cuadrados del tamaño de un bocado, cuidando de pincharlos para que no se inflen. Cocínense en horno caliente durante diez a quince minutos. Cuídese especialmente durante los últimos cinco minutos que el pan no se queme. Esta cantidad bastará para servir a unas cincuenta personas.

Consejos Acerca de la Cena del Señor

LOS ritos del bautismo y la Cena del Señor son dos pilares monumentales, uno que está dentro y otro que está fuera de la iglesia. Sobre estos ritos Cristo ha inscrito el nombre del verdadero Dios.—“*Evangelismo*,” pág. 203.

“Cristo quiso que se celebrase a menudo esta Cena para que nos acordásemos de su sacrificio al dar la vida por la remisión de los pecados de todos los que crean en él y le reciben.”—“*Evangelism*,” pág. 276.

“Para los que reciben el espíritu de este servicio, no puede nunca llegar a ser una mera ceremonia. Su constante lección será: ‘Servíos por amor los unos a los otros.’ Al lavar los pies de sus discípulos, Cristo dió evidencia de que él haría cualquier servicio por humilde que fuera, que los hiciese herederos con él de la eterna riqueza del tesoro del cielo. Sus discípulos, al cumplir el mismo rito; se comprometen de la misma manera a servir a sus hermanos. Dondequiera que este rito se celebra debidamente, los hijos de Dios son puestos en santa relación, para ayudarse y bendecirse unos a otros. Se comprometen a entregar su vida a un ministerio abnegado.”—“*El Deseado de Todas las Gentes*,” pág. 590.

“Los seguidores de Cristo han de tener siempre presente el ejemplo de humildad de Cristo. Este rito ha de estimular la humildad, pero nunca debe llamárselo humillación, en el sentido de rebajarse ante la humanidad. Su propósito es hacernos experimentar ternura los unos por los otros.”—*Review and Herald*, 31 de mayo de 1898.

“En los primeros tiempos del movimiento adventista, cuando nuestros miembros eran escasos, la celebración de los ritos se convertía en ocasión muy benéfica. El viernes anterior cada miembro de la iglesia procuraba aclarar todo asunto que tendiese a separarlo de sus hermanos y de Dios. Se escudriñaban con celo los corazones; se ofrecían fervientes oraciones para que el Cielo revelase todo pecado escondido; se hacían confesiones sobre transacciones aprovechadas, sobre palabras pronunciadas con ligereza, sobre pecados acariciados. El Señor se nos acercaba, y adquiríamos gran fortaleza y valor.”—“*Evangelism*,” pág. 274.

“Al celebrar Jesús este rito con sus discípulos, la convicción se apoderó de todos, menos de Judas. Así también nos poseerá la convicción mientras Cristo hable a nuestros corazones. Las fuentes del alma serán quebrantadas. La mente será vigorizada y surgiendo a la actividad y la vida, quebrantarán toda barrera que haya causado desunión y descarrío.”—“*Evangelismo*,” pág. 204.

“La única grandeza es la grandeza de la humildad. La única distinción se halla en la devoción al servicio de los demás. . . .

“Hay en el hombre una disposición a estimarse más que a su hermano, a trabajar para sí, a buscar el lugar más alto; y con frecuencia esto produce malas sospechas y amargura de espíritu. El rito que precede a la cena del Señor, está destinado a aclarar estos malentendidos, a sacar al hombre de su egoísmo, a bajarle de sus zancos de exaltación propia a la humildad de corazón que le inducirá a servir a su hermano. . . . Cristo, en la plenitud de su gracia, está allí para cambiar la corriente de los pensamientos que han estado dirigidos por cauces egoístas. El Espíritu Santo despierta las sensibilidades de aquellos que siguen el ejemplo de su Señor. . . .

“Quedan puestas de manifiesto las raíces de amargura que habían ahogado la preciosa planta del amor. Los defectos del carácter, el descuido de los deberes, la ingratitud hacia Dios, la frialdad hacia nuestros hermanos, son tenidos en cuenta. Se ve el pecado como Dios lo ve. . . .

“A medida que se aprende así la lección del servicio preparatorio, se enciende el deseo de vivir una vida espiritual más elevada.”—“*El Deseado de Todas las Gentes*,” págs. 588, 589.

“Nuestras iglesias necesitan ser educadas a manifestar un orden más elevado de respeto y reverencia hacia el servicio sagrado de Dios.”—“*Evangelismo*,” pág. 207.

“Todas las cosas relacionadas con este rito deben sugerir una preparación tan perfecta como sea posible. Todo rito de la iglesia debe ser elevador. No debe hacérselo común o vulgar, ni debe colocársele al mismo nivel de las cosas comunes.”—*Ibid.*

“El servicio de la comunión no había de ser una ocasión de tristeza. Tal no era su propósito. Mientras los discípulos del Señor se reúnen alrededor de su mesa, no han de recordar y lamentar sus faltas. No han de espaciarse en su experiencia religiosa pasada, haya sido ésta elevadora o deprimente. No han de recordar las divergencias existentes entre ellos y sus hermanos. El rito preparatorio ha abarcado todo esto. El examen propio, la confesión del pecado, la reconciliación de las divergencias, todo ha sido hecho. Ahora han venido para encontrarse con Cristo. No han de permanecer en la sombra de la cruz, sino en su luz salvadora. Han de abrir el alma a los brillantes rayos del Sol de Justicia. Con corazones purificados por la preciosísima sangre de Cristo, en plena conciencia de su presencia, aunque invisible, han de oír sus palabras: ‘La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da, yo os la doy.’ . . . El rito de la comunión señala la segunda venida de Cristo.”—“*El Deseado de Todas las Gentes*,” págs. 597, 598.

Jesús dijo: “Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del

Señor anunciáis hasta que venga.” (1 Cor. 11: 26.)

“El amor de Jesús, con su poder constrictivo, ha de mantenerse fresco en nuestra memoria. Cristo instituyó este rito para que hablase a nuestros sentidos del amor de Dios que se ha expresado en nuestro favor. . . . Su sacrificio es el centro de nuestra esperanza. En él debemos fijar nuestra fe. . . . Nuestros sentidos necesitan ser vivificados para comprender el misterio de la piedad.”—*Id.*, pág. 598.

SUGESTIONES UTILES

La Oración y los Emblemas de la Comunión

LEEMOS que en la noche cuando fué traicionado, en esa gran noche crucial que condensaba toda su vida y su servicio, la noche de su humillación y vergüenza, Jesús tomó el pan y lo partió. Pero no lo hizo hasta que hubo dado gracias. Siguiendo su ejemplo, también nosotros damos gracias.

No debe ser ésta una oración pidiendo al Señor que perdone nuestros pecados. Ya lo ha hecho. La congregación que se presenta ante el Señor está limpia. Si el servicio preparatorio y todo lo que a él conduce ha sido lo que debiera ser, el pastor no debería hablar de pecados sino agradecer a Dios por esa congregación ya limpia de ellos.

Hemos ido al templo para encontrarnos con Cristo. “No [hemos] de permanecer en la sombra de la cruz, sino en su luz salvadora. . . . Con corazones purificados por la preciosísima sangre de Cristo, en plena conciencia de su presencia, aunque invisible. . . . [hemos] de oír sus palabras: ‘La paz os dejo.’”—“*El Desseo de Todas las Gentes*,” pág. 598.

Dos cosas debe abarcar esta oración: en primer lugar, la alabanza a Dios por su don inapreciable y luego, la consagración del emblema (pan o vino) para el servicio. Tal es es el propósito de esta oración. No necesita ser larga, pero sí bien meditada. Una oración tal exige preparación.—*R. A. Anderson*.

Los Símbolos Materiales

LA CENA del Señor o Comunión fué instituida la noche de la Pascua, cuando había de desaparecer de los hogares israelitas toda cosa leudada. Lo leudado, como sabemos, se obtiene mediante la levadura, que ha sufrido un proceso de fermentación. Como la fermentación es símbolo del pecado, nada que nos recuerde el pecado podría ser, en justicia, emblema del inmaculado Hijo de Dios, porque en él no había pecado. Por ello el pan ha de ser ázimo y el vino sin fermentar.

Además, este pan simbólico sería mejor si se lo hiciese de harina integral y no de harina desvitalizada, como lo es la harina blanca. Cualquier harina es resultado del proceso de aplastar y moler, con lo que se hace el cereal más agradable al paladar sin destruir por ello su elemento vital. Del mismo modo el elemento viviente de Cristo, que se comparó al grano de trigo cuando cae en tierra, no quedó destruido cuando en la sala del juicio y en el Calvario fué literalmente “molido por nuestros pecados.” Por el contrario, se nos asegura que por su llaga somos sanados.

Lo mismo pasa con el vino. No es de uvas enteras sino aplastadas. Debe procederse con la fruta como con el trigo, pues no por eso pierde ella su elemento vital. El Señor también fué aplastado, quebrantado, molido por las angustias pruebas de Getsemaní y el Calvario para poder darnos vida.

Uno de los alimentos más fáciles de asimilar es el jugo de uva sin fermentar. Unos veinte minutos después de terminado el servicio de la Santa Cena, ya ha sido asimilado el vino en la corriente sanguínea de los que participaron. Es tal vez el alimento de más fácil digestión. Pasa con mayor rapidez a la sangre que cualquier otro alimento. Algunos hombres de ciencia han comprobado que bajo ciertas condiciones puede inyectarse jugo de uva en el torrente circulatorio, pues ciertos tipos de ese jugo tienen tal afinidad con la sangre que pueden mezclarse con ella.

La celebración de la Cena del Señor es una ocasión en que debe quebrantarse toda barrera ya sea racial, social o denominacional. Ha de destruirse todo aquello que nos separe, porque somos uno en Cristo Jesús.—*R. A. Anderson*.

La Expiación y la Cruz

(Viene de la página 16)

“La mundanalidad y el egoísmo han privado a la iglesia de muchas bendiciones. . . . Una firme y clara visión de la cruz de Cristo pondría freno a su mundanalidad y colmaría sus almas de humildad, contrición y gratitud. . . . Ha hecho presa de la iglesia una mortífera enfermedad espiritual. Sus miembros son heridos por Satanás, pero no quieren mirar a la cruz de Cristo, como miraron los israelitas la serpiente de bronce, para poder vivir. El mundo los reclama de tantas maneras, que no les queda tiempo para mirar la cruz del Calvario el período necesario para ver su gloria y sentir su poder.”—“*Testimonies*,” tomo 5, págs. 133, 202.

Que nadie se mire a sí mismo, como si tuviese poder para salvarse. Jesús murió por nosotros, porque éramos impotentes para hacerlo. El es nuestra esperanza, nuestra justificación, nuestra justicia. . . . Mirad y viviréis. Jesús ha empeñado su palabra; y salvará a todos los que le busquen. Si es cierto que millones que necesitan curación rechazarán su ofrecimiento de misericordia, no se dejará perecer a nadie que confíe en sus méritos. . . . Es nuestro deber, ante todo, mirar, y la mirada de fe nos dará vida.”—“*Patriarchs and Prophets*,” págs. 431, 432.

Oremos, como dirigentes del moderno Israel, por que podamos sentir más plenamente los resultados de una visión del Calvario y luego exaltemos

a Jesús ante la gente como el Cordero de Dios, "todo él codiciable," "señalado entre diez mil," para que la iglesia, que es "como la niña de su ojo" y el único objeto de su cuidado, pueda volverse pronto "hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejércitos en orden," y pueda seguir adelante, "venciendo y para vencer" bajo el auspicio del Espíritu Santo derramado en la lluvia tardía.

El Postrer Drama

(Viene de la página 9)

to es un reino independiente como lo fuera en los días de Ptolomeo, estas naciones menores se ven completamente neutralizadas por otras potencias grandes y la rivalidad entre éstas constituye la real amenaza de conflictos en el Medio Oriente actualmente.

En la lucha que estallará en el Medio Oriente, ¿cuán afortunado será el rey del norte? La respuesta la da la profecía en las siguientes palabras:

"Entrará en las tierras; y lo inundará y lo arrollará todo. Entrará también en la tierra hermosa; y muchas tierras caerán; pero éstas escapan de su mano, Edom y Moab, y la parte principal de los hijos de Ammón. Extenderá su mano también contra otras tierras; y la tierra de Egipto no escapará; sino que él se apoderará de los tesoros de oro y de plata, y de todas las demás cosas apetecibles de Egipto; y los Libios y los Etiopes seguirán sus pasos." (Dan. 11: 40-43.)

Aunque se haya instado a la iglesia de cada generación a comparar la historia con la profecía a fin de advertir el progresivo desarrollo de las predicciones divinas, no nos corresponde dogmatizar sobre el futuro. Todo cuanto podemos decir sobre detalles aún no cumplidos de la profecía, es sugerir que el futuro rey del norte habrá de ser afortunado al principio en su campaña arrolladora contra el rey del sur y que se verá obligado a replegarse hacia África Central. Las potencias del norte arrollarán a Palestina entre el Jordán y el Mediterráneo, con dominio de la antigua ruta del "camino del mar," pero sin preocuparse seriamente de las altas tierras orientales y el desierto, hogar otrora de los edomitas, moabitas y amonitas. En su campaña victoriosa el rey del norte invadirá a Egipto, saqueando sus tesoros y penetrando hacia el sur hasta Etiopía y la costa norteña del África hasta Libia.

Algo, sin embargo, lo detendrá. ¿Qué será? "Empero noticias desde el oriente y el norte le turbarán." (Dan. 11: 44.)

Cuando se consideraba a Turquía la potencia ejecutora de la labor asignada por la profecía al poderoso rey del norte en su campaña contra Egipto en los últimos días, se creía generalmente que las "noticias desde el oriente y el norte" significarían un ataque contra Turquía

de parte de la nación rusa que surgía y que geográficamente se hallaba ubicada al norte y al oriente. Ahora, sin embargo, que existe la posibilidad de que el conflicto entre los reyes del norte y del sur tenga un cumplimiento más vasto que el que en otro tiempo se le atribuyera, la potencia llena de poder cuyas "noticias" producen tan grande alarma en el corazón del "rey del norte" debe estar lógicamente ubicada en un punto de origen más distante.

¿Qué esfuerzo desesperado y final hará el rey del norte?

"Y plantará sus pabellones palaciales entre los mares, junto al hermoso y santo monte; mas llegará a su fin; y no habrá quien le ayude." (Dan. 11: 45.)

En un esfuerzo final, el rey del norte procurará organizar a los suyos contra sus enemigos de todas partes. En las montañas de Palestina procurará resistir fieramente pero en vano. El rey del norte será abatido para no surgir jamás.

Llegamos así al punto culminante de la intervención de Dios para poner fin a la controversia de todas las edades.

De Corazón a Corazón

(Viene de la página 2)

Alguien dijo: "No hay por qué avergonzarse de las derrotas pues ellas son incidentes corrientes en la vida de todo triunfador. Pero una derrota puede convertirse en una pérdida irreparable a menos que la afrontemos y la analicemos para descubrir dónde hemos fallado en el intento de alcanzar nuestro objetivo."

Como ministros adventistas deberíamos ser poderosos en la predicación ya que somos responsables de anunciar el triple mensaje, última amonestación de Dios a un mundo que perece.

Que nuestros evangelistas logren en la predicación lo que Dios espera de ellos y que por elevado que sea, estén dispuestos a pagar el precio de la superación, que así pronto podrá cumplirse la profecía de Apocalipsis 18:1: "Y después de estas cosas vi otro ángel descender del cielo teniendo grande potencia; y la tierra fué alumbrada de su gloria."—W. S.

LA MUJER fué formada del hombre; pero no de su cabeza, para dominarlo, ni de su pie, para ser pisoteada. Salió de su costado, para ser igual a él; de bajo su brazo, para ser protegida; de cerca de su corazón, para ser amada.—Matthew Henry, en *Today's Woman*.